

Fernando Betancourt Martínez

Historia y cognición. Una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad
Iberoamericana

2015

344 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 12)

ISBN UNAM: 978-607-02-6586-0

ISBN UIA: 978-607-417-316-1

Formato: PDF

Publicado: 10 de agosto de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia/cognicion.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

5. La ciencia histórica como orden cognitivo emergente

Historia y acontecimiento: el valor de la contingencia

Si puede considerarse que la historia fue objeto de un proceso agudo de desantropologización — en un despliegue paralelo al que presenciaron las propias ciencias sociales —, entonces, puede plantearse que está lejos de ser prescriptiva su definición como ciencia humana. Si bien emerge como una ciencia que debía dar cuenta de los acontecimientos siempre desde las cualidades cognitivas que le fueron anexadas a la naturaleza humana, esas cualidades tendrían por fuerza que estar también en el seno mismo de los acontecimientos históricos. Su consistencia como empresa racional dependía de trasladar los mismos rasgos racionales a las motivaciones que eventualmente explicarían la acción humana. No está por demás enfatizar que para la historiografía toda acción temporalmente dependiente puede escapar de la irracionalidad del simple transcurrir al vincularse a un futuro teleológicamente prefigurado. Las relaciones causales en historiografía vendrían a ser una modificación pequeña de la problemática teleológica.

En cualquier caso, ya sea una acción teleológicamente planteada o, en su defecto, un caso de aplicación del modelo ya modificado de relación causal, la carga de racionalidad no está al nivel mismo del acontecimiento, sino en su proyección posterior como efecto o como finalidad. Pero la trivialidad de esta problemática es del mismo tipo que aquella que afirmaba que la historia cuenta con un agente productor, ya al nivel mismo de los acontecimientos (el hombre como sujeto de la historia), ya en el plano de los conocimientos producidos sobre esos acontecimientos (el sujeto historiador). La trivialidad parece ocultar precisamente la conformación de una circularidad que estaba ya en la base de su origen moderno como trabajo cognitivo. Una ciencia de los acontecimientos cuya propia datación la obliga a considerarse como un acontecimiento, por más

que a partir de los años treinta del siglo XX se reorienta la cuestión hacia la estructura tomando distancia de esa noción previa.

Si la posibilidad de afirmar que emerge en el siglo XIX como ciencia de los acontecimientos la ubica en el orden de lo temporal — un antes y un después se configuran a partir de aquí —, no resulta tan trivial la condición misma de su emergencia: un *orden epistémico emergente*. Aun cuando en el propio siglo XIX la historia presentaba ese rasgo de disciplina transdisciplinaria — su indeleble marca de nacimiento —, estaba ya su condición cognitiva vinculada a los novedosos registros epistemológicos de las ciencias humanas. No en balde Foucault mismo atiende a esa disposición al señalar la falta de involucramiento directo de la historia con alguno de los modelos categoriales (biológico, económico, filológico) y con alguna de las regiones epistémicas correspondientes (región psicológica, sociológica y simbólica). Su lugar — finalmente un no lugar — se conformó en las distancias que se instauraron entre unos y otras, por lo que Foucault asegura que, como disciplina humana, curiosamente no tenían un emplazamiento definido en el campo de los fenómenos humanos y sus múltiples manifestaciones vitales.

En una suerte de paradoja que expresa su condición misma de acontecimiento, la historia humana no puede llegar a coincidir con las historias de la vida, del trabajo y del lenguaje, ni tampoco puede deslizarse en alguna de las esferas que tematizan al hombre como ser vivo, como sujeto de necesidades y deseos y, finalmente, como ente parlante por excelencia. Podría pensarse que con esta configuración, siempre a distancia de la psicología, la sociología o la filología, la historia aseguraría rangos más afinados para objetivar al hombre mismo. Pero dos tipos de problemas lo han impedido. Primero, si bien esas otras ciencias de lo humano adscriben su objeto a una dimensión temporal innegable — la historia de la especie en el ámbito más vasto de la vida, la historia de la producción y la de las formas simbólicas y culturales — por esa misma fragmentación no dejan lugar para alcanzar una suerte de unificación que permita la aparición de la historicidad esencial del hombre.¹

¹ “Pero entonces el hombre mismo no es histórico: el tiempo le viene de fuera de sí mismo, no se constituye como sujeto de la Historia sino por la superposición de la historia de los seres, de la historia de las cosas, de la historia de las palabras.” Michel Foucault, *Las pala-*

De lo anterior se deriva el segundo problema que es, en realidad, efecto de su condición de transversalidad. Así, la dependencia de otras formas de saber condicionó a la disciplina histórica a mantener una apertura continua y, por lo tanto, a responder por aquellas empiricidades que dan contenido a cada ciencia humana. Al no estar en su horizonte concretar un campo objetual unitario que le perteneciera por derecho propio, se produjo una nueva duplicación, en este caso de las regiones epistémicas ya mencionadas. Es por eso que desde la instauración de la Escuela Histórica Alemana esa necesidad epistémica obligó a derivar hacia los estudios históricos las tentativas teóricas y metodológicas que se ensayaron tanto en la psicología, como en la economía-sociología y en la filología-lingüística.² Bajo la presunción de que esta duplicación le fue esencial para su continuidad disciplinaria, el proceso soporta su propia caracterización histórica.

Se puede seguir lo anterior en una línea que va del historicismo alemán y sus modalidades anexas (por ejemplo, la denominada Escuela Metódica Francesa), a las expresiones historiográficas al estilo de la historia económica y social, incluyendo en este apartado la problemática abierta por las mentalidades, hasta las más actuales formas de investigación al tipo de la microhistoria italiana o la nueva historia cultural, sólo por citar algunas. Resaltan en ello varias consideraciones que no puede pasarse por alto. Su propia historicidad hace manifiesta una gran variabilidad en cuanto a formas de investigación y en cuanto a temáticas, pero también es visible dicha situación si observamos los aspectos teóricos que orientan sus marcos generales de referencia. Tanto en un nivel como en otro, su desarrollo histórico no se ha presentado como el paulatino perfeccionamiento de un cuerpo unitario que encontraría expresión en una sola vertiente teórico-metodológica. Esta situación de dispersión es la que permite observar con un mayor potencial de riqueza analítica esa condición de emergencia social de un orden cognitivo.

Lo anterior resulta por lo menos llamativo si tomamos en cuenta que las descripciones convencionales — incluyendo en este rubro los ejercicios de fundamentación de la historia — partían de una

bras y las cosas: arqueología de las ciencias humanas, 24a. ed., trad., de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 1996, p. 358.

² *Ibid.*, p. 359.

unidad disciplinaria presupuesta pero nunca comprobada. En un sentido contrario a estos intentos que tienden a *deshistorizar* al saber histórico, es la dispersión la que le da rango de acontecimiento a la propia disciplina al ligarla directamente a una situación en el plano de la evolución del sistema social. La noción *orden emergente* puede ser sólo aplicable a una sociedad funcionalmente diferenciada, pues los órdenes jerárquicos o los estratificados impiden su aparición dado que inhiben los procesos mismos de diferenciación, o por lo menos los limitan. Por el propio contenido semántico delimitado, esta noción expresa directamente el fenómeno de contingencia típico de las sociedades tardomodernas, pues se contrapone tanto a la necesidad de dotarse de un sentido metafísico como a la imposibilidad de estabilizar expectativas enfáticas al estilo teleológico.³

Como la contingencia niega todo reino de necesidad metafísica y también la certidumbre sobre las finalidades teleológicas en la proyección de la historia, conlleva la condición misma de acontecimiento, pero ahora en el plano del saber histórico mismo. El concepto de acontecimiento sirve para indicar, precisamente, la condición innegablemente temporal del conjunto de elementos que conforman un sistema que requiere del *medium* sentido para delimitar las posibilidades de selección. Por lo tanto, la oposición manejada de manera historiográfica entre acontecimiento y estructura pierde toda plausibilidad para explicar su complementariedad en el rango de una teoría sistémica. La posibilidad de autopoiesis de los sistemas, incluidos los subsistemas científicos, tiene que responder de manera continua a elementos que desaparecen en cuanto surgen. Pero el simple hecho de la ocurrencia del acontecimiento —o incluso que así se interprete—, instituye ya esa dimensión temporal entre un *antes* y un *después*, por lo que impacta el pasado y el futuro, además del presente en su condición de evanescencia.⁴

³ Aldo Mascareño, "Contingencia como unidad de la diferencia moderna", en Niklas Luhmann y su legado universalista. Aportes para el análisis de la complejidad social contemporánea, Hugo Cadenas, Aldo Mascareño, Anahí Urquiza, eds., Santiago de Chile, RIL Editores, 2012, p. 70.

⁴ "El acontecimiento prefiere desaparecer. Por otra parte, cada acontecimiento cambia totalmente el pasado, el futuro y el presente —por el sólo hecho de otorgar la calidad de presente al siguiente acontecimiento y convertirse para éste (es decir, para su futuro) en pasado—. Por medio de este traslado mínimo puede cambiar también el punto de vista relevante que estructura y limita los horizontes del pasado y del futuro. Cada acontecimiento

A pesar de su desaparición inmediata, la significación del acontecimiento no puede limitarse al simple hecho de su ocurrencia, sino que rearticula constantemente esa diferencia temporal — un antes y un después —, permitiendo plantearse otras posibilidades para el sistema social. Al ser un *imprevisto*, el acontecimiento hace posible la diferencia temporalmente planteada respecto a los acontecimientos siguientes — pero también respecto a los pasados —. De esta manera, la *discontinuidad* que se presenta en el sentido de diferencia temporal debe ser convertida en *continuidad* estructural por el sistema, es decir, en una unidad de las operaciones realizadas que requieren de tiempo para llevarse a cabo y enlazarse, y cuyos elementos son el continuo de acontecimientos registrados. El imprevisto del acontecimiento o de la cadena de acontecimientos temporalmente desplegada — la *libertad* en cuanto a las posibilidades que abren y la *novedad* respecto a la singularidad que instituyen, según afirma Luhmann — debe ser regulado al nivel de la estructura.⁵

Habrà que recordar que la noci3n de estructura en la teorí de los sistemas sociales refiere a la capacidad de seleccionar y enlazar los elementos de un sistema con el fin de permitir la operaci3n continuada del sistema en su conjunto. Manifiesta en este sentido las condiciones de un sistema para su reproducci3n autopoietica, a partir de elementos — los acontecimientos o eventos — que tienen una muy breve permanencia temporal o que simplemente no duran. La estructura selecciona aquellos elementos b3sicos y define las posibilidades de combinarlos o enlazarlos para producir los siguientes elementos b3sicos. ¿Qu3 son estos elementos b3sicos? Comunicaciones si se trata del sistema social; pensamientos, cuando la referencia es el sistema psíquico. Pareciera a primera vista que el imprevisto y la carga de incertidumbre que conllevan estos elementos obliga a tratarlos como instancias totalmente contrarias al control y a la regulaci3n estructural. Pero es a la inversa, la condici3n de la continuidad estructural est3 precisamente en el imprevisto y la

realiza en este sentido una modificaci3n total del tiempo." Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teorí general*, trad., Silvia Pappe y Brunhilde Erker, bajo la coordinaci3n de Javier Torres Nafarrate, M3xico, Alianza, 1991, p. 292.

⁵ "Esta libertad adquirida se paga con la formaci3n de estructura, porque se hace entonces necesario regular la reproducci3n de los acontecimientos por medio de acontecimientos." *Idem*.

incertidumbre, nunca eliminables pero si manejables bajo los estándares sistémicos de la selección y el enlace.

Si bien hay una primera selección de elementos básicos, en realidad el sistema tiene cualidades autopoiéticas cuando una segunda selección tiende a reproducir los elementos, finalmente acontecimientos comunicativos enlazados bajo criterios del propio sistema. Ya la repetición operativa de la secuencia permite la *condensación* de estructuras con el fin de preservar la continua operación en su conjunto.⁶ Así, el traslado de modelos categoriales y programas teóricos y metodológicos de la psicología, la sociología y la filología, instauro al saber histórico — sin lugar epistémico propio en la interpretación de Foucault — como una estructura que logra condensarse a partir de su capacidad para producir acontecimientos a partir de otros acontecimientos. La recurrencia de este funcionamiento autopoiético se centra en una primera selección de aquellas comunicaciones (elementos básicos) que provienen de esas otras disciplinas para que, ya en la segunda selección, la recursividad se sostenga sólo en las operaciones condensadas propias de cada rama de investigación histórica (historia de las ideas, historia social, historia de las mentalidades, etcétera).

Es en este segundo plano donde las comunicaciones psicológicas, sociológicas o filológicas se reconvierten en comunicaciones historiográficas. Por supuesto, esta perspectiva analítica considera que la operación así delimitada del saber histórico no es el producto largamente esperado de esa tradición secular que inicia con Herodoto y Tucídides, de modo tal que sólo hasta el siglo XIX se concreta como ciencia al liberarse del pesado lastre del mito y las fantasías. El proceso descrito por Foucault desmiente esta visión continuista mostrando que la emergencia de ese orden epistémico que posibilita a la historia fue un acontecimiento imprevisto y una novedad si se compara con el panorama previo (siglos XVII y XVIII). Ésta es una posible significación de la aserción previamente formulada de que la ciencia de la historia, un saber particular sobre el mundo de los acontecimientos, es al mismo tiempo un acontecimiento histórico.

⁶ Giancarlo Corsi, Elena Esposito, Claudio Baraldi, *Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann*, trad. de Miguel Romero Pérez y Carlos Villalobos, bajo la coordinación de Javier Torres Nafarrate, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Anthropos, 1996, p. 73.

En Hegel, y más allá de su propuesta de filosofía de la historia, se encuentra una muy intuitiva visión que liga el saber histórico a la condición del acontecimiento y a la cualidad de la representación. Tratando de dirimir la historia universal como problema filosófico, Hegel describe las diferentes “maneras de tratar la historia”. Ya los tres niveles que analiza —“géneros” los denomina Hegel— “la simple historia”, “la historia reflexionada” y “la historia filosófica” despliegan el orden de una diferenciación más que la trama de una unidad. Se agudiza esta situación en el caso de la historia reflexionada, pues este género se subdivide, a su vez, en cuatro modalidades de historia reflexiva (la general, la pragmática, la crítica y la parcial). Ya desde la simple historia —ligada a los nombres de Herodoto y Tucídides— se deja ver lo propio de todo género histórico: el paso de una “manifestación externa” al concepto.⁷

Se trata de una elevación donde la representación mental —el concepto— convierte en acontecimiento la evanescencia de lo vivido. Por las artes de la representación escrita —se entiende así la naturaleza de la representación histórica— se logra una victoria de la conciencia sobre el reino de lo efímero. Con ello no sólo la memoria pasa del lado de lo escritural, de las narraciones de aquellos que experimentaron lo contado en el caso de la simple historia, sino que demuestra que el acontecimiento le pertenece al pensamiento por derecho propio. Si se sigue esta línea de razonamiento, entonces cada forma de la historia reflexiva —digamos la historia de los historiadores— es una modalidad estructural que permite estabilizar formas comunicativas —eso que Hegel denomina las representaciones—, logrando con ello acceder al fenómeno autorreferencial de la recursividad. Esas modalidades reflexivas no buscan —cada una de ellas según formas

⁷ J. G. F. Hegel, *Lecciones de filosofía de la historia*, ed. de F. Brunstäd, trad. y preámbulo José María Quintana Cabanas, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989, p. 24. La descripción de esas maneras diferentes de tratamiento de la historia comprende el inicio de la “Introducción” (en la edición Brunstäd), p. 23-30. Continúa en las páginas subsiguientes el desarrollo de la tesis central de la filosofía de la historia hegeliana: “Pero el único pensamiento que la filosofía aporta es el simple pensamiento de la Razón: que la Razón domina al mundo y que, por lo mismo, también en la historia universal ha ocurrido todo según la Razón.” (p. 30). De nueva cuenta, la circularidad que se establece es notable. Si la historia universal sólo puede ser pensada, desde la filosofía, como proceso racional, las modalidades de la historia como saber forman parte de esa historia al elevar lo vivido al nivel del concepto mismo.

diferenciadas de acceso— decir lo que en efecto pasó al nivel de la vida misma, sino reflexionar sobre las representaciones.

La idea común de que la historia es una labor que permite revivir lo pasado —no el pasado como tal— muestra su condición absurda. Ya para Hegel la historia puede ser vista como una ciencia que produce comunicaciones específicas. Y la conversión de la vida en pensamiento reflexivo que está en su origen es, al mismo tiempo, uno de los mayores impulsos en el desarrollo del espíritu y, por tanto, de la historia universal. En esta forma de tratamiento, la circularidad no esconde fuerza productiva incluso para acceder a una visión filosófica de la historia universal.⁸ Al mismo tiempo parece sugerir la inmersión de la historia reflexiva en el orden más elaborado de observaciones que observan observaciones.

La diferenciación respecto a la denominada simple historia apunta no a la distancia entre una percepción del mundo histórico en su realidad y el conjunto de comentarios posibles de realizar sobre dicha percepción. La diferencia entre géneros se instituye en el momento en que las narraciones de la simple historia son coincidentes temporalmente con aquello que narran, mientras las “especies” reflexivas sólo coinciden entre sí por estar separadas temporalmente de lo que interpretan. No resulta sorprendente el que esta doble dimensión temporal sea análoga a la distancia temporal que existe entre las fuentes históricas y las interpretaciones historiográficas tomadas en términos comunes, distancia que era reconvertida como diferencia ontológica entre un pretendido objeto de investigación y la naturaleza del sujeto historiador. En uno y otro caso, independientemente de cómo se quiera tomar la coincidencia planteada, lo que es objeto de reflexión o interpretación son otras observaciones previamente formuladas y no los acontecimientos pasados en su real conformación.

⁸ “Queremos dejar semejantes discusiones para los historiadores de profesión, que a menudo se ocupan de ellas. Como primera condición, podríamos enunciar la de que captemos fielmente lo histórico; es en esas expresiones generales, como ‘fiel’ y ‘captar’, donde se da el equívoco. Incluso el historiador habitual y mediocre, que acaso opina también y afirma, se comporta sólo receptivamente y abandonándose a lo dado; no permanece pasivo en su pensamiento, pues aporta sus categorías y ve lo existente a través de ellas. Especialmente en todo lo que debe ser científico, no puede permanecer inactiva la razón y ha de ser empleada la reflexión. A quien considera el mundo como racional, también el mundo lo tiene a él por racional: ambas cosas están en acción recíproca.” *Ibid.*, p. 32.

La diferenciación interna de la historia y su complejidad cognitiva

También la diferenciación entre especies del género “historia reflexionada” — historia general, la que se orienta pragmáticamente, historia crítica e historia parcial — hablaría de la manera por la cual las observaciones recurrentes pueden estabilizarse como simetrías en subsistemas del subsistema historia. La emergencia de este orden epistémico que reintroduce en su interior diferenciaciones que externamente se produce entre subsistemas (ciencias humanas primero, ciencias sociales después) hace de la contingencia un valor en su capacidad de reproducción autopoiética. “Una conexión recursiva de observaciones con observaciones produce ‘valores propios’ que se mantienen estables cuando el sistema de esta praxis se mantiene, y la contingencia parece ser entonces la forma, o por lo menos una de ellas, de estos valores propios”.⁹ La contingencia como valor no está en los acontecimientos que describe la historia en los sucesivos pasados, sino en las formas diferenciadas en que opera produciendo observaciones recurrentes.

La recursividad de las observaciones no se produce en una sola forma operativa, sino en varias formas que sólo se agrupan en la denominación historia o, como señala Hegel, en una clase de *géneros* que pueden ser considerados históricos. Pero entonces, la propuesta explicativa que se ha ido derivando del análisis de Michel Foucault sobre las ciencias humanas alcanza plausibilidad. Lo que se ha mostrado es que un índice de discontinuidad le es intrínseco a la historia de la disciplina desde el siglo XIX, índice que no sólo gobierna su despliegue externo a lo largo de este periodo, sino que le es un factor interno a su constitución epistemológica. Digamos que no sólo se presenta una aguda asimetría de la historia como saber en el proceso por el cual se conforma como subsistema: la diferenciación alcanza a los procesos cognitivos que circulan en su interior. De tal forma que son igualmente discontinuas entre sí las diversas modalidades de investigación — lo que no sólo es notorio respecto a la historia económica frente a la historia política, por ejemplo —, de donde

⁹ Niklas Luhmann, *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*, trad. de Carlos Fortea Gil, rev. técnica de Joan-Carles Melich, Barcelona, Paidós, 1997, p. 96.

se siguen importantes consecuencias de orden práctico. Este doble estatus le viene del tipo de relaciones que ha entablado con las ciencias humanas y con las diversas formas de investigación social.

El traslado de temáticas de investigación, de sistemas conceptuales, de modelos categoriales, así como de procesos metódicos, nos muestran lo estériles que han sido las discusiones sobre la existencia o no de leyes históricas, la existencia o no de categorías en sí mismas históricas o, finalmente, la prevalencia de un sólo método de investigación histórica —en el entendido de que dicho método sólo podía definirse a partir del carácter documental de su lógica de investigación—. Esta doble diferenciación supone, siguiendo la línea argumental de la teoría de sistemas de Luhmann, un incremento de complejidad derivado de la previa reducción que supuso el traslado de modelos de las ciencias humanas y que se establecieron como observaciones recurrentes. Si la evolución social alcanzó altos niveles de complejidad en sus propios procesos de diferenciación, esto es, una irreductibilidad de las relaciones interactuantes entre sus subsistemas, esto se debe a una exigencia del sistema para procesar operaciones que requieren de tiempo en su realización.¹⁰ La noción *orden emergente* —la hipótesis que he manejado considera a la historia en un orden cognitivo emergente— presupone un alto estado de complejidad del sistema.

Como no es posible abarcar todas las relaciones en la amplia red de elementos, es decir, el mundo complejo no es aprehensible para la autoobservación sistémica como tal, se requiere la conformación de subsistemas. Cada uno de ellos —por ejemplo los subsistemas que operan en el *medium* sentido o los simbólicamente generalizados— organizan estructuralmente las selecciones y los enlaces entre los elementos del subsistema, por lo que logran estabilizar hasta cierto punto expectativas parciales del sistema global. Diferenciación, por tanto, es “una reproducción, dentro de un sistema, de la diferencia entre un sistema y su entorno”.¹¹ Puede decirse, siguiendo la aserción anterior, que la diferenciación se reproduce al interior de

¹⁰ “La diferenciación sistémica es, de hecho, una técnica estructural para resolver los problemas temporales (es decir: de consumo de tiempo) de los sistemas complejos situados en entornos complejos.” Niklas Luhmann, *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, ed. y trad. de Josetxo Beriain y José María García Blanco, Madrid, Trotta, 1998, p. 72.

¹¹ *Ibid.*, p. 73. (Nota: las cursivas son del autor.)

los sistemas del sistema global, reintroduciendo la distinción con el entorno en cada forma especializada de esa reproducción. Al incrementar la capacidad de selectividad se incrementan a su vez los índices de contingencia, de ahí la necesidad de contar con *estructuras disipativas* en el sentido aportado por Ilya Prigogine. Expresión que busca explicar los sistemas alejados del equilibrio pero que existen siempre de manera conjunta con un entorno.

Con dichas estructuras se introduce un cierto orden pero en términos de *equilibrios estacionarios* que se complementan con el carácter no lineal, de bifurcación y autoorganizativo de los sistemas complejos.¹² Por tanto, los órdenes emergente —*estructuras disipativas*— tienden a volver manejable por el sistema global los altos índices de contingencia, promoviendo con ello la posibilidad de estabilizar expectativas (vivencia o acción) necesarias para la autopoiesis del sistema. En el sentido manejado por este estudio, la historia es un *orden emergente* que presenta propiedades (estructuras y elementos en operación) no reducibles a otras instancias con las que, sin embargo, guardan relaciones de acoplamiento y mutua influencia. Se entiende este último rasgo como irritaciones que pueden ser manejadas al interior del subsistema mismo como forma de atribución.¹³ Las disciplinas científicas en su conjunto son subsistemas que pertenecen, a su vez, al sistema de la ciencia. Son producto del proceso de diferenciación descrito, por lo que repiten la distinción *sistema/entorno* a partir de su propia cerradura operativa.

Cada una de ellas se convierte, entonces, en entorno de las otras disciplinas, situación aún más evidente si se toma en cuenta la distinción ciencias naturales y ciencias sociales en un sentido funcional. Si esta asimetría focaliza las posibilidades para el sistema global de procesar las condiciones ambientales en que realiza sus operaciones, cosa parecida podría aplicarse a las distinciones que señaló Foucault entre la región psicológica, la sociológica y la simbólica. De esta regionalización epistemológica se desprenden las disciplinas humanas en el siglo XIX y las sociales en el XX. Pero tanto en un caso como

¹² Cfr. Ilya Prigogine, *¿Tan sólo una ilusión?: una exploración del caos al orden*, trad. de Francisco Martín, Barcelona, Tusquets, 1983, 332 p.

¹³ Aldo Mascareño, "Medios simbólicamente generalizados y el problema de la emergencia", *Cinta de Moebio, Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, n. 36, diciembre, 2009, p. 175.

en el otro, las identidades disciplinarias no están aseguradas por su relación con el entorno, si se toma en cuenta que éste puede ser considerado un espacio de realidad por el que responden y desde el cual pueden derivar de manera prescriptiva objetos de investigación *ad hoc*. No es por el camino de la *regionalización ontológica* que se resuelve el problema de la regionalización epistemológica. Ya el propio proceso de diferenciación interna del sistema de la ciencia convierte en problema la relación que se establece entre las variadas disciplinas científicas.¹⁴

Pero además, dicho proceso obliga a transformar la manera por la cual se veía su integridad, de tal forma que no es ya por el campo de estudio — digamos, por un entorno regionalizado ontológicamente — por el que acreditan sus límites, sino que ahora esos límites son sólo válidos para las propias disciplinas. De esta doble circunstancia se alimentan las dificultades cuando se enfoca la cuestión de manera interdisciplinaria o multidisciplinaria, esquivando con ello la necesidad de admitir que el entorno de una disciplina es simplemente otra disciplina y su entorno. Esta *diferenciación segmentaria* que permite pensar los límites de las disciplinas así como su posible interrelación, requiere enfocar el tema de la redundancia y la variedad, de la riqueza de un tratamiento estabilizado y la sorpresa que involucra la novedad de otras posibilidades de construcción.¹⁵ Los fenómenos de variación y redundancia están en relación con la complejidad adquirida del sistema de la ciencia, que es el caso que nos ocupa. La redundancia pareciera ir en contra de uno de los atributos clásicos del conocimiento científico: la novedad o la originalidad en sus conocimientos.

Convencionalmente se exige al conocimiento científico reducir el ámbito de lo no conocido todavía — lo que estaba en la base del proyecto ilustrado como progreso cognitivos sobre el mundo —, por lo que se oponía al sustrato reiterativo de las *supersticiones*. En teoría de sistemas, la redundancia es también un valor de la operación puesto que permite a las estructuras — selección y enlace de aconte-

¹⁴ "Las disciplinas como la física, química, biología, psicología, y la sociología pueden ser consideradas como entorno correspondiente de cada una de las demás disciplinas, lo que quiere decir que no tienen capacidad de ser enlazadas unas con otras de manera automática." Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 319.

¹⁵ *Ibid.*, p. 322.

cimientos que aseguran la autopoiesis — superar la inmediatez del momento: el conocimiento está a disposición sólo en el momento en que sucede. En tanto que el acontecimiento central es una comunicación, ésta es tal en el instante en que se produce; lo que está en cuestión es su enlace posterior como improbabilidad. “Cada comunicación produce redundancias en la medida en que cuando A da una información a B, C puede preguntar tanto a A como a B, en el caso de que él mismo pretenda informarse”.¹⁶ Se trata por tanto, según el ejemplo, de una redundancia informativa. Como la masa de informaciones utilizables tiene que ser reactualizada constantemente, de momento en momento o de acontecimiento en acontecimiento, sobrepasa las posibilidades mismas de la reactualización pues no todo puede ser incluido.

También se da el caso de que las remisiones que en una comunicación puedan reactualizarse no tengan que reconstruirse totalmente en cada momento o en cada enlace comunicativo. Reduce en ambas situaciones el índice de sorpresa o de variación, pues se introduce un factor de seguridad con el cual compensar la contingencia propia de las comunicaciones y de su improbabilidad, con lo que se permite ampliar la capacidad de procesamiento de información del sistema. Cabe aplicarse esto incluso a la situación en la que, en el *medium* sentido, el conocimiento previo de un elemento involucrado proyecte un nivel de conocimiento de otros elementos, cuya asociación puede ser establecida analógicamente o por semejanza. El carácter sintético que presenta la metáfora, por ejemplo, es análogo al papel que cumple la redundancia en términos cognitivos, donde las semejanzas involucradas entre elementos puede darse por sentada o presupuesta, sin necesidad de reconstruir el conjunto de relaciones de analogía que suponen.

La noción de paradigma en Luhmann, que admite la no sustitución definitiva de paradigmas previos sino su inclusión en otros medios o ambientes, de tal manera que permita ampliar los niveles de complejidad sin tener que echar mano de todas las situaciones previas que podían ser resueltas con el anterior paradigma, es también un ejemplo de redundancia. La noción de cognición se entiende como capacidad para producir redundancias que le ahorren el

¹⁶ *Ibid.*, p. 312.

sistema reelaborar constantemente informaciones previas. Lejos está su significación tradicional: copiar o representar lo que está en el entorno mismo como realidad para el sistema.¹⁷ Destaca, por tanto, el hecho de que las redundancias ahorran tiempo al sistema, mientras la variación multiplica las posibilidades de enlace así como de los elementos requeridos. No se trata en la variación de la apertura hacia nuevos y novedosos conocimientos o de la ponderación de otras formas de resolver los mismos problemas dejados pendientes por las limitaciones en los recursos precedentes.

La variación se refiere a un aumento de los elementos de un sistema, de tal forma que apuesta hacia la imposibilidad de prever el comportamiento de cada uno de esos componentes así como de las medidas de selección y enlace. Ambos están, por tanto, en correlación con el aumento de complejidad y diferenciación del sistema ciencia. En opinión de Luhmann, la *diferenciación segmentaria* de las disciplinas científicas se enfrenta a un mismo problema interno de la ciencia en general: las medidas por las cuales se puede ordenar la redundancia de manera que resulte complementaria con un aumento de la variedad.¹⁸ Corrijo, entonces, una afirmación anterior: la cognición es posible por la combinación operativamente relevante de grados manejables de redundancia con aumentos tendenciales de variación. El punto central de esta complementariedad se encuentra en las capacidades teóricas desplegadas para establecer distinciones, de cuyo despliegue subsecuente surgen las diferentes disciplinas científicas. Esta labor descriptiva, que requiere, además, de otras distinciones, está por hacerse, cuestión que debe incluir un conjunto más vasto de circunstancias, tales como el tipo de funcionalidad que la disciplina en cuestión tiene para el sistema social.

¹⁷ *La sociedad de la sociedad*, trad. Javier Torres Nafarrate, bajo el cuidado conceptual de Darío Rodríguez Mansilla y estilístico de Marco Ornelas Esquinca, Rafael Mesa Iturbide y Areli Montes Suárez, México, Herder/Universidad Iberoamericana, 2007, p. 91.

¹⁸ "El pone en movimiento un aumento en la capacidad de disolución y de recombinación lleva finalmente, de maneja parecida al aumento demográfico, a la necesidad de construir unidades pequeñas, ya que el problema de organización ha crecido, y de esta manera se puede ordenar la redundancia y se posibilita con ello más variedad. La construcción de disciplinas se orientan a sí mismas hacia este problema interno de la ciencia, no se orientan hacia campo de distintos objetos que ya estuvieran ocupados y que, como las colonias, sólo se tratará de ocuparlos de nuevo." *Ibid.*, p. 322.

En cualquier caso, destaca la situación de que la diferenciación entre las disciplinas reproduce la distinción *sistema/entorno*, donde la modalidad respectiva está en relación con el tipo de combinación de redundancia y variación. La resolución estructural de esta combinación garantiza, en los sistemas constitutivos de sentido, el paso de una operación a otra (recursividad) tomando en cuenta la selectividad respecto a los acontecimientos singulares en su ligazón con los subsecuentes también susceptibles de selectividad. Estas estructuraciones toman la forma, por tanto, de expectativas aplicadas a la continuación de las operaciones y a las posibilidades de prever el tipo de enlaces futuros. Pero además, permiten tramitar las irritaciones que el sistema genera como registros internos del entorno. La atribución al sistema en cuanto a un cambio de estado se orienta como *acción*, misma que propongo vincularla tentativamente al fenómeno de redundancia hasta cierto punto, mientras la atribución del cambio de estado se realiza al entorno y se expresa como *vivencia* o *experiencia* y puede, entonces, relacionarse más con la variación.

Las ciencias sociales como entornos de la historia

Una primera consecuencia que se sigue de la anterior argumentación es que para la historia todas las demás disciplinas humanas y sociales se constituyen como su entorno pero en una disposición especial. Los límites de cada variedad historiográfica reproducen la combinación específica de *redundancia/acción* con la *variedad/vivencia* de la disciplina de la cual obtiene modelos. Esta obtención se describe como traslado categorial en el sentido de la propuesta de Foucault. El aporte teórico para manejar la secuencia *redundancia/variación* es central en el sentido de aporte de distinciones. Cuando se estabilizan las operaciones, esto es, cuando logra estructurarse la recursividad como repetibilidad de la selectividad de los elementos y las expectativas sobre los enlaces futuros, entonces este traslado se tramita como conjunto de *irritaciones* en el ámbito de la lógica de investigación histórica, independientemente de la vertiente específica de que se trate. Debe precaverse del hecho de que esta distinción — *redundancia/acción* frente a *variación/vivencia* — es sólo resultado de una observación particular que puede, incluso, aceptar

niveles donde sea imposible aplicarla con pulcritud o donde la diferencia sea mínima.

En términos de visión general, y por tanto esquemática, se puede establecer una caracterización hipotética en correspondencia con las líneas de desarrollo avanzada arriba. En su fundación, moderna la historia se constituyó en relación vertical con el modelo biológico y su correspondiente región psicológica.¹⁹ De ahí la afirmación de Foucault de que "el historicismo es una manera de hacer valer por sí misma la perpetua relación crítica que existe entre la Historia y las ciencias humanas."²⁰ Si bien esta forma dominante de investigación que prevaleció hasta la segunda década del siglo XX se conectó también con la filología, esta disciplina actuaba al nivel propiamente metódico, prácticamente como un auxiliar en el trabajo de fuentes. La frase de Foucault apunta a la manera por la cual, los contenidos cognitivos y los marcos generales de referencia de la historia dependían, para su propia justificación, de una definición que la colocara al nivel de una ciencia humana con todo derecho pero a distancia de las demás. En términos decimonónicos, como una ciencia del espíritu, donde tal denominación resume todos los presupuestos críticos de carácter antropológico que se mueven en su base epistémica.

Pero la propia sociología del momento se encontraba ya en la necesidad de distinguirse críticamente de los enfoques psicológicos que primero habían tematizado la acción humana como conducta describible empíricamente, aunque sólo lo lograría después. El cuadro propuesto por Foucault muestra un continente disciplinario poco diferenciado, lo que explica la preeminencia adquirida por la psicología dado el precario desarrollo conceptual y teórico de las demás disciplinas, o por lo menos de su limitada formalización. Además de eso, estas disciplinas presentan todos los atributos que he colocado del lado de aquella función central explícita, es decir, en tanto formas de saber se dirigen, no a la captación de un hecho

¹⁹ Wilhelm Dilthey, *El mundo histórico*, trad., pról. y notas de Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, 430p. Véase en especial el apartado titulado "La captación de la estructura psíquica", p. 21-23.

²⁰ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: arqueología de las ciencias humanas*, op cit., p. 361.

externo, sino a la pretensión de lograr autocomprensión. Esto último fue central para el historicismo y su modalidad historiográfica.

Si la historia puede ser considerada ciencia humana, o como ciencia del espíritu en su concreción diferencial respecto a la naturaleza en general, esto sólo es posible porque reproduce una problemática fundacional de éstas: la que tiene que ver con la cualidad de las representaciones y con la tensión que se establece entre una dimensión empírica y una dimensión trascendental. Entre una referencia a las empiricidades que se desprenden de la vida, el trabajo y el lenguaje, y sus representaciones como condiciones de posibilidad. Ya la propia expresión de esa poco desarrollada diferenciación disciplinaria habla de la imposibilidad de dar cuenta de la unidad del hombre mismo. Por eso el camino adoptado fue describir y explicar sus variadas manifestaciones. La más visibles en el momento refiere al espacio de una voluntad que se concretiza actuando en un mundo dispuesto para ello. La prevalencia de la *redundancia/acción* — en otras palabras, de la falta de combinación adecuada entre control de redundancia y aumento de variación — arrojó consecuencias limitantes.

Al traducirse en el orden procedimental, el desequilibrio entre variación y redundancia se expresó en la reivindicación de un método que, introduciendo las elaboraciones de la hermenéutica romántica, supuso la posibilidad de aprehensión de la otredad del pasado por parte de una conciencia soberana, al tiempo que introdujo una forma de comunicación intramundana: la empatía.²¹ Asumiendo acríticamente la necesidad de introducir el fenómeno de la comprensión como captación de una intencionalidad por debajo de los hechos mismos, terminó legitimando como modalidad historiográfica a esa venerable historia de las ideas cuya autoridad se extendió hasta principios del siglo XX. La temática de la intencionalidad supone — en el sentido de proceso introspectivo de la conciencia — una exterioridad como espacio donde se materializan los contenidos subjetivos: la acción teleológica cumplía con creces con los requerimientos de esta prescripción. Se entiende aquí como redundancia el conjunto de atributos de la conciencia que se daban por sentados.

²¹ Carmen Revilla, "Del historicismo a la hermenéutica: la recepción de Dilthey", *Convivium. Revista de Filosofía*, Universidad de Barcelona, n. 17, 2004, p. 83.

Incluso la remisión de la acción a la intencionalidad como elemento originario podría tomarse como una modalidad de reducción de complejidad para un tratamiento del sistema psíquico como sistema autorreferente.

Pero por más que la referencia central fuera la subjetividad o la estructura del sujeto racional, la limitación de la variación no puede ocultar el que las ciencias del espíritu fueran disciplinas que producían observaciones atribuidas no al entorno sino al propio sistema (acción). Sin embargo, considerar a la sociedad como entorno en el caso que nos ocupa no deja lugar a dudas sobre el estatus de estas disciplinas: tratan de modular las variadas irritaciones inducidas por el sistema psíquico (entorno) elaboradas y reelaboradas internamente, es decir, estructuradas, por el sistema social. Técnicamente se trata de *acoplamientos estructurales* donde las comunicaciones (acontecimientos o eventos) y sus enlaces pueden dar lugar a la presunción de una coincidencia momentánea entre el sistema psíquico y el social. Parece ser el caso precisamente donde el sistema social tiene que reconocer y asumir la participación de la conciencia en la comunicación.

Si esto es así, entonces las ciencias del espíritu señalan un ejemplo particular de *interpenetración*, donde la relación de inclusión/exclusión manifiesta un nivel tal de complejidad del sistema como para implicar a los procesos de socialización en la formación de individuos.²² En general, la poca desarrollada diferenciación disciplinaria — por tanto, la limitación en cuanto al uso de distinciones — expresa un nivel de evolución del sistema social que requiere seguir sosteniendo autoobservaciones que atribuyen a la conciencia un papel central. Lo que quiere decir que la cerradura operacional de estas disciplinas, incluida la historia, estaba en proceso de concreción. La ciencia de la historia en el siglo XIX, amparada en las típicas posturas historicistas, no estaba en disponibilidad de enfrentar directamente

²² “Por socialización queremos indicar, muy globalmente, el proceso que, mediante la interpenetración, forma el sistema psíquico y el comportamiento corporal controlado del ser humano. Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, p. 247. Más adelante, siguiendo el razonamiento expresa en la misma página lo siguiente: “En primer lugar, socialización es siempre autosocialización, no sucede por ‘transferencia’ de un patrón de sentido de un sistema a otro, su procedimiento fundamental es la reproducción autorreferencial del sistema que efectúa y experimenta la socialización en sí mismo.” Las cursivas son de Luhmann.

la circularidad que, por diversos caminos, Dilthey mismo reconoció. Eventualmente llegó a la consideración de que el conocimiento de los productos espirituales sólo era posible desde la propia situación mundana del sujeto y no desde una suerte de exterioridad respecto del mundo histórico.²³

Ya la historia como saber vendría a cumplir un apartado en el desenvolvimiento del espíritu, por lo que su objeto —ese proceso histórico en sus diferentes concreciones— sería también la condición última de sus posibilidades cognitivas. Si la historicidad (mundo de los acontecimientos) es objeto y condición al mismo tiempo de la ciencia histórica, la paradoja resultante no pudo ser sopesada con los rendimientos reflexivos del siglo XIX. Si dicha paradoja se vincula a la relación entre el sistema y su entorno, entonces el conocimiento del hombre mismo como unidad —prescripción propia del horizonte decimonónico pero que alcanza también buena parte del XX— se presenta como *necesario* para el sistema puesto que su reproducción requiere de acoplamientos estructurales con su entorno. Pero al mismo tiempo, dicho conocimiento es *imposible* debido a que esas irritaciones se producen al interior del sistema y no presentan posibilidades de transitar hacia “rendimientos de *input/output*”.²⁴

No hay acceso a la realidad del entorno (el sistema psíquico) por lo que el sistema solventa de manera interna la falta de conocimiento exacto por medio de observaciones que son finalmente autoobservaciones. Por eso la historia, incluso bajo su autodefinición como ciencia del espíritu, remite constantemente a la distinción entre autorreferencia y heterorreferencia sin poder alcanzar la unidad de la distinción.²⁵ Por otra parte, la oscilación que indujo la elevación del modelo económico y de la *región sociológica* correspondiente impulsó

²³ Wilhelm Dilthey, *Dos escritos sobre hermenéutica: el surgimiento de la hermenéutica y los Esbozos para una crítica de la razón histórica*, pról., trad. y notas de Antonio Gómez Ramos, epílogo de Hans-Ulrich Lessing, Madrid, Istmo, 2000, p. 165 y s.

²⁴ Niklas Luhmann, *Introducción a la teoría de sistemas*, lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate, México, Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2009, p. 273.

²⁵ “La unidad del sujeto en la paradoja de la autoobservación, o sea, la unidad de la distinción que esta última necesita. Y el despliegue de esta paradoja puede seguir vías distintas, dependiendo de qué sea aquello de lo que el sujeto se distingue para poder indicar su propia identidad [...]. El sujeto sería entonces la distinción entre autorreferencia y heterorreferencia, que habría de ser actualizada en cada caso de nuevo y estaría siempre acompañada

la aparición de consecuencias decisivas para la historia. La más relevante por su notoriedad fue el inicio de la ruptura con el historicismo y con la modalidad historiográfica prevaleciente en el seno de la Escuela Histórica Alemana. En este movimiento de ruptura historiográfica, la denominada comúnmente Escuela de los *Annales* puede ser analizada como un signo de otro tipo de conformación del saber histórico. Por tanto, dichas implicaciones atraviesan las discusiones sobre los aspectos metodológicos, sobre las inducciones ideológicas que influyen en la investigación, además del legado positivista que soportó durante varias décadas al *paradigma* historicista.

La reivindicación sostenida por sobre la no heterogeneidad teórica y metodológica de dicha escuela se dirigió directamente contra la forma anterior de construir conocimientos históricos, dado que fue considerada como obstáculo principal para la conformación científica de la disciplina. Llevar la historia al nivel de un acreditado conocimiento científico en el campo social aglutinó los diferentes esfuerzos que se presentaron, dándole una cierta identidad grupal.²⁶ La vía para asegurar la conversión de la historia en ciencia con todo derecho no fue otra que la adopción del modelo de investigación y tratamiento de las ciencias sociales. De tal manera que la importancia que adquirieron para esta escuela, por ejemplo, los trabajos sociológicos posteriores a Weber (Durkheim), los estudios geográficos al estilo de Vidal de la Blache y por supuesto, los estudios etnológicos del momento (Mauss), fue realmente enorme como influencias teóricas y metodológicas.

Pero también, y quizás derivado de lo anterior —de ahí su importancia para el cambio en la tónica de las investigaciones históricas—, fue que ese desplazamiento significó la ruptura tajante con el modelo decimonónico de ciencias humanas. *Annales* connota, de la misma manera que otras modalidades historiográficas contemporáneas más allá de Francia, la superación de esa tensión característica del modelo historicista entre un estrato objetual al que se le asignó

de sus otras respectivas determinaciones.” Niklas Luhmann, *Complejidad y modernidad: de la unidad a la diferencia*, p. 220-221.

²⁶ Cfr. André Burguière, *La Escuela de Annales. Una historia intelectual*, trad. de Tayra M. C. Lanuza Navarro, Valencia, Universitat de València, 2009, 342 p. Hervé Coutau-Bégarie, *Le phénomène nouvelle histoire. Grandeur et décadence de l'école des Annales*, 2e. ed., Paris, ed. Économica, 1989, 409 p. François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la "nueva historia"*, trad. Fancesc Morató i Pastor, México, Universidad Iberoamericana, 2006, 249 p.

la tarea de definir todo contenido empírico para la historia y un sujeto historiador dotado de atributos trascendentales. Precepto que acarreó profundas ambigüedades y aporías.

De entre los rasgos que pueden ser destacados en esta superación se encuentra por supuesto su alejamiento de la noción *hecho histórico*. Recusando su carácter único e irrepetible —lo que había dado pie a formular el pretendido método documental como proceso inductivo—, las nuevas modalidades de investigación trabajan el ámbito de aquellas estructuras que, más que reconducir a la conciencia de los individuos como instancia explicativa última, refieren a la exterioridad de fenómenos sociales amplios.

A partir de la historia económica y social y, posteriormente, de la historia de las mentalidades, las estrategias de trabajo desarrolladas buscaron establecer regularidades dejando de lado la reconstrucción de hechos en su singularidad, rompiendo así con la idea de que las generalidades accesibles sólo son posibles inductivamente. Concertadamente los modelos aplicados (sociológicos, económicos, demográficos, etcétera) tienen como finalidad manejar la recurrencia de esos fenómenos colectivos de tal forma que se puedan construir series y series de series. Las técnicas de análisis toman desde entonces estas construcciones no como datos susceptibles de comprensión, pues ahora la correlación, las muestras y sus interrelaciones estadísticas, los ciclos o las descripciones que apelan a diversas escalas, requieren el rejuego de las diferencias, de las variadas especificidades que valen en su discontinuidad. El objetivo de la historia —sostenido insistentemente por los historiadores adscritos a *Annales*, reivindicado en un sinfín de investigaciones particulares— no consiste en recuperar los eventos en su sucesión temporal —secuencia estrictamente cronológica—, puesto que la perspectiva trata de discernir su dimensión de repetibilidad, de situarlos en el cruce con otras regularidades y dibujar con ello totalidades espaciales.

Estas últimas se entienden, más que como cuadros que reproducen lo real, como complejidades construidas a partir del análisis serial y comparativo. Lo anterior condujo a una reconsideración respecto al trabajo de fuentes. La incorporación de métodos cuantitativos, la implementación de técnicas de sondeo, de formas estadísticas provenientes de la sociología, pero también los análisis de fluctuaciones, de consumo y de producción de los economistas, así

como la recurrencia a métodos demográficos, afectó sensiblemente el estatus del documento.²⁷

Las propias fuentes historiográficas no salieron indemnes de esta ruptura, sobre todo tomando en cuenta que la historiografía historicista las consideró el centro definitorio de los procesos de investigación, desprendiendo de su utilización las cualificaciones metódicas que los legitimaban. Desde el siglo XIX y en el marco de la Escuela Histórica Alemana, la historia hizo depender de las fuentes su acreditación como disciplina científica al delimitar su base metódica dese la intermediación documental.

Orden procedimental y clausura cognitiva

Si las fuentes definen el ámbito de los procedimientos requeridos entonces, paralelamente, el historiador se faculta como sujeto cognoscente dado que su papel de intérprete autorizado le permite reconstruir los hechos pasados en términos de una objetividad comprobable documentalmente. Hay que agregar que esta acreditación metódica del trabajo del historiador se encuentra ligada a dos cuestiones centrales. Primero, el recurso a un trabajo crítico que no se contenta con el simple examen de los *testimonios* escritos con el fin de establecer su autenticidad, sino que los transforma en una forma de corroboración de las declaraciones, es decir, en una prueba que sostiene la verosimilitud de lo dicho por parte del historiador. Paul Ricoeur hace hincapié en este nivel crítico hasta el punto de mostrarlo anterior a su introducción en la reflexión filosófica moderna.²⁸

²⁷ Francisco Vázquez García, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico. De la Escuela Histórica Alemana al grupo de los "Annales"*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1989, p. 90. Véase también, Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa: la Escuela de los Annales, 1929-1989*, traducción Alberto Luis Bixo, Barcelona, Gedisa, 1996. 141 p.

²⁸ "Pero solo la comprobación de los testimonios escritos, unida a la de estas otras huellas como los vestigios, dieron lugar a la crítica, en el sentido digno de este nombre. En realidad, es en la esfera histórica donde apareció la misma palabra de crítica con el sentido de corroboración de las declaraciones del otro, antes de asumir la función trascendental que le asignará Kant en el plano de la exploración de los límites de la facultad de conocer. La crítica histórica se abrió un difícil camino entre la credulidad espontánea y el escepticismo de principio de los pirrónicos." Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, trad. de Agustín Neira, Madrid, Trotta, 2003, p. 225. Ricoeur remonta esta actividad crítica a Lorenzo Valla y su discusión sobre la donación de Constantino, texto ligado a la tradición retórica, particularmente

Estableciendo otro tipo de cualidades que la filosofía estableció como necesarias de todo trabajo científico, la crítica ligada al documento adquiere calificación de trabajo científico por el hecho de introducir un proceso de transformación y redistribución de materiales que, en un ambiente diferente —los archivos, la operación historiográfica, la multitud de instituciones académicas, etcétera— adquieren funciones diametralmente distintas a las que le dieron origen. Se trata de una profunda redistribución de los sistemas signícos que, gracias al trabajo crítico del historiador, remiten, por un lado, a la autoridad de lo ya dicho, y por el otro, a una suerte de exterioridad que se desprende por el acto de hacer hablar al documento. Su conjunción desplaza las fronteras propias de un cuerpo textual para producir una historia, es decir, para constituir, desde las escrituras tomadas como fuentes, los eventos que encadenados cronológicamente posibilitaban una secuencia reconocible. Éste es el segundo aspecto involucrado en el tratamiento documental.

Si en principio la investigación de fuentes documentales aceptaba sólo la singularidad del evento e inductivamente perfilaba sus encadenamientos, la legitimidad última del procedimiento descansaba en el ámbito de comprensibilidad que aportaba la historia universal. A partir de *Annales* —insisto, tomando este ejemplo como signo de una situación más general—, el documento dejó de ser lo dado para el ejercicio interpretativo y se convirtió en resultado de toda una secuencia concertada de operaciones, de lugares y de técnicas aplicadas. Michel de Certeau, de manera incisiva, pone en claro la condición del documento sometido a un proceso continuo que va de lo encontrado a lo producido:

En historia, todo comienza con el gesto de poner aparte, de reunir, de convertir en “documentos” algunos objetos repartidos de otro modo. Esta nueva repartición cultural es el primer trabajo. En realidad consiste en *producir* los documentos por el hecho de copiar, transcribir o fotocopiar dichos objetos cambiando a la vez su lugar y su condición [...] El material es creado por acciones concertadas que lo distinguen en el universo del uso, que lo buscan también fuera de las fronteras del uso y que lo destinan a un nuevo empleo coherente. Es la huella de actos que modifican un orden recibido y una visión social. Esta ruptura,

a las nociones de lo *persuasivo* y lo *probable*. Pero es hasta Quintiliano donde es posible encontrar una disquisición sobre las pruebas que se desprenden de los documentos. *Ibid.*, nota 41.

introdutora de signos abiertos a tratamientos específicos, no es solamente ni en primer lugar el efecto de una “mirada”; se necesita además una operación técnica.²⁹

De tal manera que ya en pleno siglo XX el trabajo documental se encuentra bajo sospecha y lo que se tiende a cuestionar es la suposición de que sólo con la crítica de fuentes tradicional puede validarse lo dicho textualmente, lo que me lleva a la segunda cuestión a resaltar.

El carácter testimonial del documento histórico fue objeto de una revisión crítica, lo que forzó una sensible modificación que alcanzó para invalidar la noción misma de método documental. Buena parte de la cuestión trabajada por Marc Bloch expresa la reticencia en cuanto a tomar como coincidentes la realidad histórica y el juicio de autenticidad de la fuente realizado por el historiador. De ahí la necesidad de un trabajo comparativo, del establecimiento de diferencias como secuencias de análisis, de la inclusión de otros vestigios no escritos, de la definición de correlaciones más allá de la causalidad simple o cronológica, etcétera, procedimientos que en conjunto tienden a ponderar la controversia por sobre la unanimidad del testimonio.

En esta suerte de complejización de su orden procedimental, la *duda* será el instrumento no ya de corroboración sino de litigio en el trabajo de investigación histórica. Lo sobresaliente en este punto es el valor que llegaron a adquirir las preguntas que guían todo el proceso de trabajo sobre los cuerpos documentales: desde los criterios que permiten la selección de los documentos, su programación específica, la delimitación de los niveles de análisis que soportan, hasta la manera de encauzar los resultados obtenidos. La fase metódica inicial no parte del documento — como nos lo hizo notar Bloch — sino del cuestionario que el historiador plantea, afirmación que puede decirse de otra manera: no existe trabajo documental sin teoría.³⁰ Al

²⁹ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. ed., trad., Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 85-86.

³⁰ “La historia ‘objetiva’ conservaba, por lo demás, con esta idea de una ‘verdad’, un modelo tomado de la filosofía de ayer o de la teología de antes de ayer; se contentaba con traducirlas en términos de ‘hechos’ históricos [...]. Los hermosos días de este positivismo, ya terminaron. Después vino el tiempo de la desconfianza. Se probó que toda interpretación histórica depende de un sistema de referencia; que dicho sistema queda como una ‘filosofía’ implícita particular, que al infiltrarse en el trabajo de análisis, organizándolo sin que éste lo advierta, nos remite a la ‘subjetividad’ del autor.” *Ibid.*, p. 69.

sugerir que la labor crítica del historiador se establece contra la idea del testimonio documental como prueba irrefutable, el *escepticismo* adquiere connotaciones que ponen en crisis la crítica de fuentes convencional y la capacidad erudita como su cualidad innegable.³¹

Lo que explica por qué la objeción que se formuló respecto al documento, asumido previamente como testimonio transparente y aproblemático, abrió un nuevo campo de discusión metodológica a partir de la interrelación de la historia con los procesos de investigación social y con las cuestiones teóricas que en sus diferentes campos se venían planteando. Gracias al desarrollo de lo que después será denominado *giro historiográfico*³² —es decir, la capacidad de autorreflexión disciplinaria—, será evidente que no es ya posible obviar la interdependencia sistemática entre proceso metódico y marco de referencia, donde esta última expresión circunscribe el “condicionamiento teórico de la investigación histórica”.³³ No sólo la investigación no es posible sin decisiones teóricas previas, sino incluso el documento histórico es generado en su significación para la investigación —huella, vestigio, rastro, indicio— sólo porque ha sido transformado en cuerpo textual.

No hay tampoco base documental sin modelos teóricos, al punto de que las variedades de tratamiento no pueden ser espontáneas

³¹ Cfr. Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, edición crítica preparada por Étienne Bloch, traducción de María Jiménez y Danielle Zalavsky, México, INAH/Fondo de Cultura Económica, 1996, 398 p. Véase en particular el capítulo III: “La crítica”, p. 185-231.

³² “François Dosse, en su libro *L’Histoire ou le temps réfléchi*, siguiendo a Pierre Nora, sostiene que la investigación histórica sólo será posible de aquí en adelante si se vuelve reflexiva, o dicho de otra manera, si asume el giro historiográfico [...]. Este nuevo imperativo categórico, que se dibuja en el territorio del historiador, se puede únicamente enfrentar con éxito si se parte de una teoría de la historia que introduzca al historiador, en tanto que observador empírico, en la construcción de su conocimiento.” Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 15, 2000, p. 186.

³³ Jörn Rüsen, “Origen y tarea de la teoría de la historia”, en *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, Silvia Pappe (coord.), traductor Kermit McPherson, México, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco/Universidad Iberoamericana, 2000, p. 39. En la página anterior, este autor escribió lo siguiente: “Esto acerca a la conclusión (y muchos la han extraído) de que el historiador debe permanecer en su tarea, siendo tal tarea la investigación empírica y que sólo de ella debería obtener sus fundamentos. En contra de este punto de vista, sin embargo, hablan dos cosas: por un lado, el hecho de que la autorreflexión, que va más allá del desempeño de la investigación empírica, es una necesidad de la ciencia, [...] y por el otro, el hecho de que no puede haber cambios capaces de producir progreso en una ciencia que no hayan sido acompañados y coproducidos por una autorreflexión crítica de la ciencia en cuestión.”

si es que alguna vez lo fueron, sino dirigidas, especificadas, encuadradas en programas que tienden a digitalizarlas, si se entiende que los valores utilizados son discretos, discontinuos, esto es, que soportan su encuadre en una programación binaria. Precisamente por esto se amplifican los tratamientos, aunque la variedad resultante no obstruye el tipo de programación aplicada sino que la justifica. Todas estas modalidades que profundizan la diversidad de estilos, ópticas y escalas presuponen la condición de sistematicidad de aquellos fenómenos sociales que son desde este momento los objetos de estudio. En otras palabras, esta reorientación global de la disciplina manifiesta la introducción de otro tipo de procesos cognitivos y, por tanto, una constitución epistémica que no guarda continuidad con las formas de autocomprensión de las ciencias humanas. Esta situación que se hará más evidente en la tercera oscilación, es decir, el ascenso del modelo lingüístico y su correspondiente región simbólica.

De hecho este desplazamiento intensificó la transformación inaugurada en los años treinta: la vinculación teórica y metodológica que la historia estableció con el conjunto de la investigación social. Tal conexión fue implementada a partir del traslado de teorías, sistemas conceptuales, modelos categoriales y métodos de las diferentes disciplinas sociales al campo de la investigación histórica, como ya se ha descrito. Dos efectos visibles de ello se presentaron a lo largo del siglo XX: la continua ampliación de la base disciplinaria y una correlativa pérdida de fundamentación teórica. La primera la he caracterizado como *dispersión paradigmática* y se expresa en la aparición de una gran diversidad de ramas de investigación sumamente especializadas. Estas vertientes historiográficas se consideran como modalidades epistémicas que instituyen una gran variedad de objetos y problemas de investigación, temáticas y formas metodológicas de tratamiento.³⁴ La diferenciación que se va alcanzando por las modalidades de combinación entre redundancia y variación en las disciplinas sociales acarreó dos efectos visibles en la correlativa diferenciación de las ramas de investigación histórica.

³⁴ Cfr. Georg G. Iggers, *Historiography in the twentieth century. From scientific objectivity to the postmodern challenge*, Hanover/London, Wesleyan University Press, 1997, 182 p.

Primero, la reorientación del conjunto de estudios empíricos hacia la *experiencia/vivencia* y no hacia la acción, como había sucedido en el momento de prevalecía de la región psicológica. Como se trata de una atribución del sistema hacia el entorno, donde la posibilidad de reflexionar sobre las decepciones introduce exigencias especiales debido a la doble contingencia involucrada, se requiere por ello de la introducción de *expectativas de expectativas*. El grado de reflexividad resultante —entiéndase como giro historiográfico— se enfrenta directamente con la imprevisibilidad o la incertidumbre ampliada en el terreno de la investigación social. Las observaciones sobre observaciones se tornan recurrentes al grado de que —segundo aspecto— cristaliza la clausura cognitiva de la ciencia histórica. La frustración involucrada en la estilización cognitiva de las expectativas, alentada por lo demás desde las ciencias sociales, tiende a la generalización del *medium* verdad y su código correspondiente.

Precisamente por esto, el conjunto de cogniciones del sistema ciencia histórica deben ser objeto de reflexión desde el propio sistema, esto es, se trata de autoobservaciones que permiten condensar y canalizar las estructuras obtenidas.³⁵ Tomando en cuenta que ya desde mediados del siglo XX se hace notar que el ejercicio de la investigación social logra una situación de clausura operativa, es decir, establece los límites de su operación como formas de racionalidad específica, se traslada hacia la investigación histórica el rasgo central de tal forma operativa: la combinación compleja de procedimientos hermenéuticos con aquellos reconocidos como propios de las ciencias nomológicas.³⁶ En este último caso, se trata de elementos que determinan los procesos de investigación, tales como la deducción desde teorías sociales de modelos e hipótesis, la delimitación de problemas y objetos, así como la validación de métodos considerados *ad hoc* a las teorías en cuestión. De tal forma que la investigación histórica puede ser considerada como un proceso de falsación de modelos sociales, de sus sistemas conceptuales y de los campos semánticos asociados.

³⁵ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 112.

³⁶ *Le modèle et l'enquête. Les usages du principe de rationalité dans les sciences sociales*, sous la direction de Louis-André Gérard-Varet et Jean-Claude Passeron, Paris, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1995, 580 p.

Si esto puede delimitar el campo metodológico de la investigación histórica, la clausura cognitiva — fechable quizá alrededor de los años setentas del siglo pasado para el caso de la historia — aporta no sólo la posibilidad de observar si la expectativa se cumple, sino que la alternativa de decepción o confirmación es producto de una distinción construida por el propio sistema. El grado de reflexividad alcanzado tiende a convertirse en teorías de tal forma que se permita un manejo interno adecuado, logrando así que la ciencia de la historia observe su propia operación autopoietica. El plural tiene que ver con esa suerte de pérdida de centralidad teórica. En realidad esta expresión sólo refiere a la autoconstatación por parte del sistema de su propia incapacidad para describir teóricamente — desde una sola teoría — la complejidad involucrada en su autopoiesis.

La teoría de la historia desarrollaba la presunción de que describía la unidad de la ciencia histórica, pero bajo el entendido de que dicha unidad era materia de justificación formal sólo a partir de la singularidad que presentaba en contraste con las ciencias nomológicas o empíricas. El marco de referencia para su fundamentación dependía, como se ha visto anteriormente, de la contraposición ciencias del espíritu/ciencias naturales. De ahí la importancia de la dualidad metódica que únicamente podía acreditarse desde ese marco general — por ejemplo, explicación causal frente a comprensión teleológica —. La singularidad epistemológica así como metódica fue amparada por aquello que implicaba su involucramiento en el campo de las ciencias del espíritu: ser una disciplina característicamente hermenéutica. Esto se derivaba de la consideración de que el acceso a las realidades humanas sólo es posible por vía de comprensión, mientras las ciencias empíricas, operado en una esfera de realidad diferente — la naturaleza —, recurrían a la explicitación de relaciones causales y a enunciados cuya generalidad permitía expresar leyes o teorías de aplicación amplia. Fundamentar de esta manera es ya algo más que anacronismo, pues la oscilación que condujo al saber histórico a establecer relaciones de transferencia con las ciencias sociales, transformó sustancialmente el sentido de la reflexión epistemológica.

La convencional teoría de la historia esquivaba constantemente la descripción de la disciplina como modalidad operativa, sustituyendo el tema de su autorreferencia por una teoría de la verdad sostenida heterorreferencialmente además de vincularla a la distinción

sujeto/objeto y al conjunto de implicaciones que se desprenden de la misma. Las teorías reflexivas convierten en tema de comunicación —y por eso no se echa de menos la anterior centralidad teórica— a las estructuras y las operaciones del sistema observador, pero no por el potencial conceptual involucrado sino porque lo hacen desde las propias operaciones del sistema, distinguiéndose por lo tanto de su entorno. La distinción que guía a la necesaria autorreferencia del sistema es la que opera en las observaciones primarias que realiza: *sistema/entorno*. Esta reentrada de la distinción basal pasa también por la asunción de la diferenciación interna de la historia que reproduce, por su parte, la diferenciación del campo mismo de la investigación social.

Aquí se presenta la cuestión de si el entorno de la ciencia histórica es el conjunto de las ciencias sociales con sus propios entornos. Los límites establecidos por las ciencias sociales para observar el mundo a partir de distinciones —sistemas observadores— son los límites aceptados por las diversas modalidades de investigación histórica, aunque en ambos casos se reconoce que el observador no tiene un rango de externalidad respecto a ese mundo observado. Es un rasgo ampliamente característico, el que el sistema ciencia opere a partir de límites, de un conjunto amplio de restricciones o reducciones, teniendo como consecuencias una “alta especificación para los temas” y paralelamente, “una descarga considerable de las complejidades de la vida cotidiana, como condición para la ganancia de su propia complejidad”.³⁷ Dejando por el momento de lado los corolarios de esa descarga considerable en término de autonomía, la especificación de los temas puede entenderse en el sentido de realización de las observaciones como formas de comunicación social.

De ahí que el conocimiento en las ciencias sociales defina procesos por los cuales se llevan a la comunicación temas que están directamente relacionados con el mundo social observado. Toda observación es una autoobservación del propio sistema, lo que es cierto en un sentido especial para el caso de las ciencias sociales. La autorreferencia y la heterorreferencia en su interrelación están dirigidas a proveer de comunicaciones a un mundo cuya totalidad está en dependencia directa de la unidad de la diferencia. En otras palabras,

³⁷ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 436.

las autoobservaciones construidas por esas ciencias dotan a la sociedad de comunicaciones sobre sí misma, de ahí que sea adecuado ver este proceso como autocomprensión si con este concepto se manifiestan las distinciones operantes en la comunicación.³⁸ La diferencia entre acto de comunicar e informar es accesible en la recepción y es por tanto comprensión.

La autocomprensión social incluye el nivel reflexivo requerido por un sistema social que opera a partir de observaciones de segundo orden, donde los temas están en relación siempre con la unidad de la distinción *sistema/entorno*. Pero el entorno que se expresa en las comunicaciones científicas (ciencias sociales) es interno a la sociedad, por eso la diferenciación es el punto crucial. Las investigaciones sociales refuerzan la diferenciación evolutiva alcanzada por el sistema social, pues las comunicaciones generadas permiten la auto-comprensión de una sociedad que existe como diferenciación funcional. Se trata a todas luces de comunicaciones especiales dado que su producción está condicionada a la asignación de valores científicos (*verdadero/no verdadero*) propios de una operación autorreferencial de la ciencia misma. Esto es, ese contexto interno de la sociedad, que es el entorno de las ciencias sociales, es procesado como fuente de irritaciones por medio de la introducción de concepciones, mismas que permiten reducir la complejidad del entorno de las ciencias a la complejidad de la propia ciencia.

Pero en el caso de la concepción se siguen los programas, que son modos de establecer la asignación de valor a partir del código, lo que incluye también a los sistemas teóricos. Los acoplamientos estructurales conseguidos permiten afrontar la complejidad del sistema social por medio de reducciones.³⁹ En suma, las ciencias sociales son funcionales para el sistema porque tematizan la complejidad evolutiva del propio sistema. No es casual que para estas ciencias, las diferenciaciones por ejemplo entre la ciencia económica y la ciencia política reproduzcan las diferenciaciones sistémicas entre sistema económico y sistema político — aunque no necesariamente este criterio es generalizable a todas esas formas de saber —. Lo que indica este ejemplo es que el campo de estudio de estas ciencias

³⁸ Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, p. 93.

³⁹ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 27 p. y s.

es el proceso mismo de diferenciación social, por lo que sus resultados como autoobservaciones coparticipan en la reproducción de los sistemas sociales y de sus índices de diferenciación.⁴⁰

Frente a esta situación, la disciplina histórica presenta una singularidad que está en relación directa con su condición paradójica: una ciencia que sólo puede reproducir sus órdenes internos de operación de manera diferenciada. Por lo tanto, no es una disciplina, sino un conglomerado operativo, lo cual le es funcional a sus diferentes entornos, es decir, a las ciencias sociales. El efecto paradójico entre *homogeneización* de campos diversos, producto de una suerte de cohesión interna de cada rama de investigación histórica se complementa con el efecto inverso, la *heterogeneidad* entre los propios campos alentando la segmentación, lo que ya había abordado en el capítulo anterior.

Este panorama explicita la *determinación estructural* que la historia alcanzó como logro evolutivo del sistema social, por lo que su realización se produce bajo la forma de acoplamientos con las condiciones de sus variados ambiente o entornos. Como cada rama de investigación histórica es posible porque su sensibilidad para los sucesos de su entorno se traduce en recursos operativos internos —en esto concluye, en mi opinión, el fenómeno de transferencia señalado por Foucault—, genera entonces sus propias condiciones recursivas.⁴¹

Su capacidad para transformar esos estímulos ambientales (irritaciones) en recursividad operativa resulta crucial para mantenerse

⁴⁰ Esta situación se reproduce constantemente en los repertorios que intentan describir el panorama de la ciencia social o de la teoría social. Al dar cuenta de la diversidad de posturas teóricas e incluso metodológicas, finalmente es la diferenciación en sí misma el tema que habría que abordar, sin llamarse a escándalo por la falta de unidad. Véase, en cuanto a los aspectos teóricos, Anthony Giddens *et al.*, *La teoría social, hoy*, versión española de Jesús Alborés, Madrid, Alianza, 1998, 537 p. En cuanto a la discusión metodológica el siguiente texto es más que una simple indicación: *Tratado de metodología de las ciencias sociales. Perspectivas actuales*, Enrique de la Garza Toledo, Gustavo Leyva (coords.), México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, 2012, 647 p.

⁴¹ "Los sistemas recursivos operan entonces con base en su recursividad de un modo fácticamente pronosticable, al mismo tiempo que determinado de manera estructural. La ciencia recursiva constituye, como todo sistema, un sistema estructuralmente determinado: se encuentra siempre únicamente en el estado que ha alcanzado gracias a sus propias operaciones. La transformación de un estado a otro supone la existencia de estructuras determinadas del estado que puede alcanzar sin que el sistema se disuelva, esto es, sin que se desintegre en relación con su entorno." Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 200-201.

como sistema operativo distinto de su entorno, pero también supone asegurar la diferenciación con otras ramas de investigación histórica. En buena medida —hipótesis que debe ser analizada en su pertinencia— los procedimientos metódicos de cada rama de investigación histórica permiten la transformación de esas irritaciones en formas operativas recursivas. Las reservas de diferenciaciones entre redundancia y variación se cumplen metódicamente en cada modalidad historiográfica de una manera que no necesariamente respeta los términos de su complementación en la ciencia social de origen. Siguiendo la formulación hipotética, aumenta la redundancia respecto al tipo de investigación social con la que se conecta ambientalmente, disminuyendo tendencialmente la variación, o por lo menos encuadrándola en una expectativa que busca constantemente falsearla.⁴²

Esto es así porque cada operación historiográfica se despliega en consonancia con los programas generados en las ciencias sociales, de ahí que las teorías —los entramados conceptuales, así como los procedimientos metodológicos— deban ser objeto de traducción a las formas recursivas que postulan esas operaciones. En este sentido, las *interrelaciones sistémicas* responden por medio de un incremento en la selectividad de los enlaces posibles debido a la diversidad de los puntos de articulación que se producen. En general, la funcionalidad de las dispares modalidades de investigación histórica se cumple como ejercicio crítico en un doble aspecto. Primero, estableciendo los límites operativos de las propias investigaciones sociales por medio del ejercicio de falsación de sus modelos, alentando de este modo el índice de variación de la ciencia social de que se trate. Segundo y como consecuencia de lo anterior, incrementa los recursos de autorreflexión al introducir una referencia al pasado

⁴² “El resultado de la investigación histórica es la negación como diferencia, esto es, ‘eso no era como hoy’. El historiador produce negaciones con sentido, pues la historia consiste en decir ‘eso no es’. El discurso histórico reflexivo trabaja con o en el límite de lo pensable, pues lo particular surge, en la práctica historiográfica, no como lo pensado sino como límite de lo pensable. Lo central para el historiador es mostrar aquello que se le escapa, esto es, lo que le parece incomprensible. La investigación histórica actual, al situarse en los límites de lo comprensible (en la frontera en donde aquello que se ve más allá de ella es impensable), revela el afuera de nuestra sociedad. Ella es un mecanismo de control de nuestras formas de racionalidad.” Alfonso Mendiola, “La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentativa y/o narrativa?”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 24, 2005, p. 125-126.

del sistema social y, por tanto, de los subsistemas y de las observaciones que sobre dicha diferenciación producen las ciencias sociales. Es una manera más de afrontar la complejidad del sistema social por medio de autoobservaciones.

Para ambos niveles las investigaciones históricas se comportan, para todos los efectos de variación cognitiva y de reflexividad en la reproducción autopoiética, como productora de observaciones de *tercer orden*. Al producir comunicaciones sobre los estados pasados del sistema social, la historia participa en la configuración de la unidad del sistema social a partir de señalar lo diferente. Las comunicaciones históricas refieren a esa diferencia a partir de la cual es posible establecer la unidad múltiple del sistema en términos temporales, es decir, introduciendo mayores índices de contingencia sin los cuales los sistemas no pueden operar y en esto es también crucial señalar constantemente los límites de sus propios modelos de racionalidad. Los límites de esos modelos no son otros que los de la propia operación y esta diferencia establecida es condición requerida para la autopoiesis del sistema.

Las programaciones historiográficas y su forma operativa

Puede afirmarse entonces que las referencias al pasado —en todo caso diferencias respecto al presente del sistema— permiten observar la unidad de la diferencia.⁴³ Estas observaciones estructuradas por la historiografía en términos de la diferencia *pasado/futuro* asumen los dos lados de la distinción sólo porque las observaciones se producen desde el presente del sistema y son al mismo tiempo su condición de posibilidad. Estos horizontes temporales agudizados por las observaciones historiográficas actúan como formas especializadas para delimitar los estados presentes de la propia operación sistémica, lo *actualmente dado* y por tanto también lo *posible*.⁴⁴ La

⁴³ *Ibid.*, p. 126.

⁴⁴ “Esta diferencia fundamental que se reproduce inevitablemente en toda vivencia de sentido, confiere a toda experiencia valor de información. En el curso del uso de sentido aparece que esto y no lo otro es lo que sucede: se sigue viviendo, comunicando y actuando de una manera determinada y no de otra, y que el seguir determinadas posibilidades da buenos o malos resultados”. Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, p. 93.

diferencia respecto al pasado instituye un conjunto de previsiones susceptibles de ser transformadas en identidades presentes, mientras lo posible se juega en un horizonte de aperturas que son esquematizadas conceptualmente e hipotéticamente planteadas bajo los registros metodológicos de las historias.

En cuanto a la cuestión de las identidades del sistema —los límites identificados de la operación— es necesario señalar que, al permitir comparar el estado actual con los estados anteriores de los subsistemas, se le dota de elementos de control sobre sus propias formas de operación, además de abrir el espacio para las transformaciones de las estructuras alentando su singular *estabilidad dinámica*.⁴⁵ Ahora bien, el rango de especialización introducido quiere decir que todo este conjunto de procedimientos tiene lugar en los diferentes puntos de conexiones *intersistémicas* o de *acoplamientos estructurales* que se instituyen a partir de la relación *sistema/entorno*, donde el sistema se define como el ámbito diversificado de la operación historiográfica y el entorno sintetiza la variedad de entornos en tanto ciencias sociales. La reflexividad que se desprende con la introducción de la distinción *pasado/futuro*, y que es aportada a la operación de la investigación social, es aplicada sobre las distinciones que ella introduce en el proceso. Por eso mismo, cabe asumir que las observaciones historiográficas son ya de tercer orden.

Esas investigaciones historiográficas no observan, por supuesto, el mundo, ni siquiera puede decirse que lo hagan desde distinciones. Observan las observaciones construidas por las ciencias sociales y, por así decirlo, buscan falsearlas metódicamente.⁴⁶ Remiten, entonces, a la *distinción* de las *distinciones* propias de un observador de segundo orden, es decir, el científico social. Esta suerte de funcionalidad —una analogía posible de aplicar es la de un *mecanismo de control*— puede ser más visible si se atiende al marco metódico de la investigación histórica y tratando de establecer, por lo menos en sus aspectos más generales, la hipótesis formulada arriba. Los procedimientos

⁴⁵ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 202.

⁴⁶ "2. La distinción de la referencia al sistema (sistema y entorno) del observador de primer orden, de la referencia al sistema (sistema/entorno) del observador de segundo orden: distinciones que se hacen sólo posible por un observador de tercer orden." Niklas Luhmann, *Teoría de los sistemas sociales: artículos II*, trad. e introd. Javier Torres Nafarrate, Chile, Universidad de los Lagos/ITESO/Universidad Iberoamericana, 1998, p. 77.

metódicos utilizados como forma de atribución de valores a la codificación binaria *verdadero/no verdadero*, alientan por eso la transformación de las irritaciones del entorno en formas operativas autorreferenciales.

Esto último tiene relación directa con la reformulación de la relación *redundancia/variación* puesto que los programas utilizados en esas lógicas de investigación se dirigen a falsear las expectativas generadas desde las ciencias sociales. Si en este proceso el conglomerado disciplinario denominado historia muestra su condición de sistema observador de tercer orden, es porque confronta directamente el factor de *inseguridad autoproducida* propio del sistema de la ciencia y resultante de la contingencia involucrada, no para limitarlo sino para encuadrarlo en marcos manipulables para las operaciones autopoieticas.⁴⁷ Es, por tanto, una forma especializada para tratar esas inseguridades inducidas y los riesgos inherentes a entornos complejos. Ambos, por supuesto, suponen tratamientos temporales de la relación entre estados futuros y decisiones presentes.

La noción programa, como se sabe, refiere a una forma que permite establecer la correcta atribución de los valores del código binario científico: *verdadero/no verdadero*. Como el código sólo muestra una forma particular que presenta un "lado interior (la verdad) y uno exterior (la no verdad)" requiere ser diferenciado de tal manera que se capacite al sistema para determinar cómo se llevan a cabo los acoplamientos y qué es aquello que se acopla.⁴⁸ Los acoplamientos y los desacoplamientos se refieren a la distinción *medio/forma*, donde la forma es el código y el medio es la manera de enlazar elementos de tal forma que convierta en probable la comunicación. Como se trata de un medio simbólicamente generalizado, esa comunicación condensa una expectativa o un conjunto de expectativas que se dirigen hacia el entorno.

⁴⁷ Vid. *supra*, Capítulo 2, p. 138, n. 94.

⁴⁸ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 136-137. En esta última página Luhmann define la manera de esta diferenciación del código: "Por lo mismo, el código como diferenciación debe ser diferenciado aun en otro sentido: el de los programas del sistema que especifican bajo qué condiciones es correcto o incorrecto determinar algo como verdadero o no verdadero. Y sólo esta diferenciación entre el código y el programa le otorga al medio la forma que designan aquellas operaciones que acoplan y desacoplan el medio durante el continuo proceso de hacer enunciados capaces de contener la verdad."

El código como *forma* estructura una diferencia basal que facilita al sistema para que, posteriormente, se desarrollen progresivas diferenciaciones en el sentido de equivalencias funcionales. Éstas son también asimetrías que resuelven la tautología del código y las resultantes paradojas. Como esquema, su naturaleza binaria resuelve las referencias del sistema al entorno (*vivencias/experiencias*) gestionándolas como informaciones susceptibles de ser procesadas por el sistema mismo y, por lo tanto, comunicadas. De ahí que los programas obtengan funcionalidad en un sistema que opera *como si* fuera una *máquina no trivial*, puesto que realizan o permiten realizar operaciones recursivas.⁴⁹ A diferencia de las *máquinas triviales* de las cuales se conocen con precisión todo el conjunto de *inputs* así como de sus respectivos *outputs*, la metáfora aplicada al sistema social y a sus subsistemas como las disciplinas científicas —son máquinas no triviales— atiende a los necesarios incrementos de incertidumbres inducidas y a los correlativos ejercicios de predictibilidad.

Como todos los enunciados historiográficos que pueden contrastarse con el código *verdadero/no verdadero*, y como los criterios aplicables a la situación para la atribución de valor son falibles por naturaleza, la incertidumbre sobre su procesamiento metódico es compensada por estructuraciones (expectativas) sobre las que se conjeturan pronósticos condicionados. Luhmann hace hincapié en esto de la siguiente manera:

No es necesario saber cómo es el mundo realmente. Sólo se tiene que disponer de la posibilidad de registrar y recordar (aunque en forma selectiva y olvidadiza) las expectativas propias. Entonces, la comunicación puede trabajar con suposiciones fijables mediante el lenguaje, calibradas para posibles decepciones, y que pueden ser utilizadas como algo familiarizado porque se sabe o, en caso dado, se puede determinar rápidamente cómo iniciar las reparaciones y cómo seguir comunicando en forma comprensible.⁵⁰

Estos enunciados, *calibrados para posibles decepciones*, se articulan en formulaciones específicas: las hipótesis científicas. Las hipótesis están relacionadas con las teorías —una parte de los programas—, y reflejan esa situación particular del sistema ciencia por el cual el

⁴⁹ *Ibid.*, p. 289.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 103.

conjunto de sus ejecuciones se produce bajo cuotas manejables de incertidumbre e inseguridad sobre los estados futuros del sistema. Por eso denotan las expectativas que pueden plantearse, mismas que no dependen en su correcta adecuación con el mundo o con el entorno, sino de su capacidad para responder ante la decepción. Aunque nada asegura cómo debe responder el sistema o qué acción tomar frente a una decepción de la expectativa, la disciplina histórica debe asegurar la gestión recursiva de sus operaciones. Esto quiere decir que tanto los aciertos como los errores posibilitan la selección de enlaces comunicativos.

Su continuación debe asegurarse, lo que significa finalmente la reproducción de la disciplina misma. Por eso es menester determinar qué tipo de selecciones son las apropiadas para cada caso, ya sea que la atribución señale a la hipótesis como verdadera o no verdadera. Esos conjuntos enunciativos que postulan pronósticos condicionados son funcionales en el sentido de que permiten a las disciplinas científicas probar la capacidad que tienen para responder a la decepción de la expectativa o a su cumplimiento, siempre en relación con el código binario ya especificado. Muestran, por tanto, un rasgo central del conocimiento científico: la necesidad continuada de introducir ajustes, situación que puede comprenderse como aumento de variación.⁵¹ La noción de *falsación* expresa, en concordancia con lo planteado, la orientación central que tienen los procedimientos metodológicos, a saber, transitar de la improbabilidad a la probabilidad, de modo que la comunicación pueda continuar autopoiéticamente en ambientes altamente especializados.

Ya estos elementos particulares de los programas, los enunciados teóricos hipotéticamente planteados, exhiben el papel crucial que juegan en la autopoesis de la ciencia. Son componentes que actúan en el sustrato medial sin los cuales el sistema no tendría manera de aplicar la codificación establecida previamente. En tal caso, introducen la *forma* — la codificación — en el *medio* con el fin de aplicar aquellos criterios necesarios que permiten acoplar o desacoplar comunicaciones a partir de enunciados que pueden ser considerados verdaderos o no verdaderos. No es el fin la atribución de valores,

⁵¹ "En este sentido, el proceso de diferenciación de la ciencia sólo está forzando una relación que se puede observar ya en la vida cotidiana y que combina determinación e indeterminación para así permitir un continuo ajuste de conocimiento". *Idem*.

sino la manera de continuar las comunicaciones a partir de ella; no otra cosa, considero, quiere decir *recursividad*. Esto ni siquiera presupone, sino que expresamente reconoce que la verdad no es el valor supremo del sistema ciencia y, por tanto, de la disciplina histórica. Es simplemente una atribución posible de una distinción codificada previamente, la cual necesita de programaciones para llevarse a cabo, mismas que son tan contingentes como el sistema mismo en su conjunto.

Por eso mismo, lo que en un momento determinado y bajo una programación específica ha sido considerado verdadero —no olvidar que se trata de articulaciones enunciativas fijadas como escrituras impresas—, en otro momento y con otra programación puede considerarse no verdadero. Esto cambia la impresión, hasta hace poco sostenida insistentemente, de que el método científico aplicado en cada rama de saber asegura por sí mismo —esto es, por su consistencia lógica interna— la consecución de la verdad. La anterior problemática está en relación con el fenómeno de *limitacionalidad*. Como la operación científica requiere de la especificación de un código binario que determine el valor de lo correcto y lo incorrecto gracias a la programación, el resultado aportado y previamente calibrado para las posibles decepciones se enfrenta al problema de asegurar logros cognitivos. Estos logros no coinciden con la asignación de verdad (valor positivo), pues ésta tiene más bien que ver con una redundancia interna del sistema a la que se le da curso por medio de comunicaciones que tienden a reducir los factores de sorpresa. Por eso se trata de *redundancias informativas* en el sentido de que incrementan la posibilidad de producir otras comunicaciones a partir de ellas.⁵²

No pasa lo mismo con las negaciones o con las asignaciones de no verdad (valor negativo), pues este lado de la codificación es el valor reflexivo mismo: requiere de esta reflexividad al tratar de enlazar con comunicaciones posteriores a esta asignación. Se entiende que el valor negativo —en realidad es el más positivo para el sistema de las ciencias— se enfrenta con las decepciones de las expectativas y, por tanto, con los factores de sorpresa, de tal modo que no puede ser considerado un obstáculo en sí mismo para la recursividad. Por el contrario, como no se producen los enlaces como redundancias sino como

⁵² *Ibid.*, p. 414.

variaciones, a la no verdad se le considera como una verdad todavía en latencia (o si se prefiere, en potencia). Si esa atribución se basa en un error metódicamente identificado, entonces se sientan las bases para su corrección, lo que requiere de elementos adicionales a las comunicaciones basadas en redundancias informativas.

El lado de la *no verdad*, con su exigencia de reflexión, hace aparecer la *diferencia de la diferencia*: es la *re-entry* de la distinción codificada verdadero/no verdadero en el lado negativo.⁵³ Lo que supone que la reflexión aludida no es más que comunicaciones sobre la comunicación (observaciones de segundo orden), es decir, operaciones ulteriores que permiten la reentrada de la distinción *verdadero/no verdadero* en aquello designado como no verdadero. La programación del código genera, de esta manera, asimetrías necesarias para el funcionamiento del sistema. Así, la asimetría entre *redundancia* y *variación*, es simétrica a la asimetría entre *condensación* y *confirmación*. Es precisamente por eso que la *limitacionalidad* se relaciona directamente con el campo de las posibilidades abiertas a partir de una negación o de una asignación de no verdad. Fija entonces desde un *no* o una *no verdad* toda un área de aplicaciones futuras en términos de programaciones de la codificación respectiva.

Estos serían los logros cognitivos, lo que nuevamente supone balancear las redundancias con las eventualmente incrementadas capacidades de variación. Entonces, la codificación requiere fijación y estabilidad temporal, mientras las programaciones necesitan ser ampliadas constantemente, definidas y redefinidas de acuerdo a exigencias del sistema, mientras él mismo depende de la constante estructuración de la codificación.⁵⁴ Los programas se subordinan a las operaciones y no a la inversa. Nuevamente resulta contrastante

⁵³ "El valor reflexivo provoca que algo sólo puede ser designado como verdad, si la posibilidad de ser no verdad, ha sido probada y rechazada; lo mismo vale en sentido inverso. También se puede decir lo siguiente: del lado negativo del código, y sólo aquí, aparece la diferencia en la diferencia. Sólo aquí existe la *re-entry* en el sentido de Spencer Brown. La verdad designa lo que es. Es a través de la no verdad como surge la reflexión sobre su pertinencia." *Ibid.*, p. 149.

⁵⁴ "Los programas pueden ser cambiados mediante operaciones del sistema (mientras el código no). La relación código/programa se puede formular con la constelación de constante/variable, con tal de que no se entienda como una relación de gradación; porque entonces esto querría decir, siguiendo la concepción metafísica, que la constante es más importante o más esencial que lo variable, cuando en verdad lo uno no es sino el lado de lo otro y la diferencia es la unidad que marca la forma en la que se desemboca." *Ibid.*, p. 289.

con los supuestos — nunca demostrados, es decir, nunca sometidos a la codificación científica *verdadero/no verdadero*— que permitían la discusión metodológica en el seno de la filosofía de la ciencia convencional y no sólo ahí. Esto es, el método define las posibilidades de la lógica de investigación y, por tanto, del conjunto vasto de operaciones científicas. Finalmente la determinación de la importancia metódica recaía en que por medio de este procedimiento se enlazaban los juicios científicos con el mundo de la experiencia, por supuesto, considerado instancia externa a la propia ciencia en cuestión.

No es casual que se tendiera a reducir las problemáticas teóricas que tenían cabida en la investigación a la cuestión más limitada de cómo identificar y aplicar el método adecuado para asegurar ese enlace.⁵⁵ Al contrario de esta postura, la programación en la perspectiva manejada por Luhmann alienta el proceso de asimetrización, al punto de distinguir entre *heterorreferencia* y *autorreferencia* gracias a la diferencia funcional que cumplen las teorías y los métodos. Las teorías presentan la cualidad de ser predicativas, esto es, de establecer formas enunciativas y conceptuales, quedando así planteada su limitación. En el plano enunciativo y predicativo, hacen posible las referencias a estados, objetos, propiedades, descripciones, por lo que su funcionalidad descansa, para el sistema, en la capacidad que tienen para comunicar las atribuciones que se formulan respecto al entorno.

Así, las teorías se asocian a la *heterorreferencia* porque se articulan predicativamente comunicando elementos que tienen que ver con el entorno, aunque lo que comuniquen sean observaciones del propio sistema. Producen asimetría bajo la forma de la *re-entry* de la distinción *sistema/entorno* en el propio sistema.⁵⁶ Los conceptos como condensaciones y generalizaciones de expectativas, participan

⁵⁵ Para revisar una crítica pertinente a esta postura desde las ciencias sociales, Véase Narciso Pizarro, *Tratado de metodología de las ciencias sociales*, Madrid, siglo XXI, 1998, p. 65 y s. Por supuesto, se debe citar ese monumental estudio que Jürgen Habermas dedicó al tema: *La lógica de las ciencias sociales*, 2a. ed., trad. Manuel Jiménez Redondo, Madrid, Tecnos, 1990, 506 p. Un ejemplo de la postura convencional centrada en la distinción entre enunciados de observación y enunciados teóricos está en: Rudolf Carnap, “El carácter metodológico de los conceptos teóricos”, en *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*, León Olivé, Ana Rosa Pérez Ransanz (comps.), Dudley Shapere, et al., México, Siglo XXI/Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 1989, p. 70-115.

⁵⁶ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 292.

en los enunciados teóricos y es en ellos que alcanzan cualidad discursiva o de *corpus* teóricos. Ya que la expectativa está condensada conceptualmente, las teorías suponen un proceso de *destautologización* de la operación autopoietica que se produce esencialmente de manera *autorreferente*. Se trata de una construcción del propio sistema para referir a una suerte de mundo externo, de tal modo que la referencia no requiere que la construcción refleje fielmente cualidades inherentes de ese mundo como unidad. La unidad de ese mundo expresado teóricamente es expresión de la teoría misma, y lo que expresa es la unidad del sistema que, bajo la forma *unidad/diferencia*, deriva una distinción gracias al fenómeno de reentrada de la distinción basal. El valor de las teorías está sintetizado en esta distinción derivada que, como se ha visto hasta aquí, funciona heterorreferencialmente.

Entonces, gracias a esta derivación, las teorías tienen la capacidad de comparar por medio de reducciones de complejidad al establecer puntos fijos como perspectivas, adquiriendo potencialidad de clarificación bajo la modalidad de incremento de complejidad. Así se genera, de acuerdo a lo anterior, un aumento en la capacidad de enlace: pueden adquirir tal grado de universalidad al punto de incluirse a sí misma en la teoría o describirse bajo los postulados de la propia teoría. Todos estos elementos resumen condiciones de abstracción cada vez más elevados, por lo que se deja ver la importancia que tienen para manejar el caudal de información que el propio sistema produce de su entorno, donde esas informaciones son diferenciaciones del sistema mismo. Siguiendo el racionamiento previo, es posible comprender esto como un efecto de redundancia producido por las propias teorías. Y ya que ellas persiguen formular *descripciones* cada vez más complejas, no precisan realizar la atribución de uno de los valores del código ni está a su alcance llevarlo a cabo.

Por lo demás, es absurdo suponer la posibilidad de considerar a una teoría verdadera o más verdadera que otra, puesto que su calidad está en los niveles de abstracción que puede alcanzar, y no en la exactitud susceptible de ser mensurable respecto al objeto descrito. Pero tampoco desde las teorías movilizadas por la ciencia de la historia el sistema está en condiciones de definir cómo asignar dichos valores a otros elementos operativos no teóricos en el sentido apuntado

arriba.⁵⁷ Precisamente esta tarea la cumplen los métodos. Como son esencialmente mecanismos de *autorreferencia*, de esto depende su capacidad para definir inequívocamente las condiciones particulares y específicas que se tienen que cubrir para la correcta asignación de los valores codificados. Su objetivo no es otro que decidir entre la verdad o la no verdad de los enunciados formulados hipotéticamente. Por supuesto que estos enunciados — las hipótesis historiográficas o científicas — son derivadas desde las teorías, por lo que no son arbitrarios ni efecto de una suerte de generación espontánea.

Dichos enunciados se atribuyen en su condicionalidad a la armazón conceptual que deben tener todas las teorías, por lo que logran la condensación de un conjunto de expectativas. De esto depende que adquiera plausibilidad el argumento presentado previamente y que afirma que los métodos se singularizan por *falsear* expectativas. Pero el argumento puede incluso desarrollarse más: las hipótesis requieren necesariamente de consistencia conceptual en su formulación enunciativa. Precisamente, por eso son derivados teóricos. Combinan cualidades predicativas con consistencia conceptual, pero, a diferencia de las teorías, su rasgo de condicionalidad refiere a estados futuros expresados bajo los términos de expectativas. Es importante tener esto en cuenta para analizar la manera por la cual los historiadores formulan hipótesis y delimitan desde ellas los corpus documentales que utilizan como fuentes históricas.

Ya desde este nivel puede notarse que la impresión, tan fuertemente sostenida desde el siglo XIX, de que las fuentes son tales porque dotan de información a los historiadores, es por lo menos insostenible.⁵⁸ Por el contrario, los elementos conceptuales expresados en las hipótesis son los que permiten el trabajo sobre las fuentes. Gracias a estos marcos conceptuales los historiadores se capacitan

⁵⁷ "Las teorías son programas complejos que consisten en un buen número de afirmaciones bajo la condición [...] de que se puedan designar con el concepto de redundancia. El trabajo con teorías no supone necesariamente el que se eche mano de un doble valor. Lo que se pretende más bien es lograr una descripción compleja." *Ibid.*, p. 296.

⁵⁸ La afirmación de que el documento es un material que puede dotar de informaciones al historiador preside toda consideración sobre su valor y naturaleza. Así, de una masa documental y por la vía de una crítica interna y externa de sus elementos, se está ya en condiciones de *reconstruir* ese caudal de eventos pasados que exigen, por supuesto, tratamientos analíticos posteriores. De ahí la equiparación de esta intermediación como procedimiento metódico básico en el trabajo del historiador.

para elaborar un cuestionario, como señaló Bloch, para formular hipótesis pertinentes que, en otro nivel de utilización, den la pauta para establecer cuerpos documentales y definir las vías para su tratamiento empírico-analítico.⁵⁹ Ahora bien, los métodos como forma de programación del sistema ciencia no disponen todas y cada una de las condiciones necesarias y suficientes para conseguir aquellos resultados anticipados de forma inequívoca. No son recetas que deban seguirse estrictamente. Más bien configuran las probabilidades respecto a la asignación de los dos valores.

Pero la semántica heredada desde el siglo XIX del concepto método asegura una secuencia lógica y neutral de formas de proceder para la obtención de resultados objetivos. Era necesaria la coordinación de ambos aspectos — una lógica secuencial y la imparcialidad en su elección y aplicación —, siendo esta consideración la base prescriptiva de toda lógica de investigación científica. Por tanto, es posible obtener productos validados *si y sólo si* es convenientemente respetada la secuencia lógica. El rigor aplicado asegura que ni las formas de proceder ni los resultados a los que se llega dependen de elementos contextuales o de intereses de carácter subjetivo, puesto que su función última consiste en producir conocimientos verdaderos u objetivos. Se han requerido grandes esfuerzos reflexivos para superar esta visión, incluso para mostrar que los métodos no son elementos tan determinantes como para sintetizar el conjunto más vasto de procedimientos. Tal y como se ha argumentado, la operación científica, así como la historiográfica, no se reduce a cuestiones de orden metódico.

Metodología e investigación histórica

Por más que su importancia radica en conducir las probabilidades hacia uno de los dos lados de la distinción *verdadero/no verdadero*, sus funciones no se ajustan a los términos de una lógica estricta y formal.

⁵⁹ Ricoeur destaca esta situación incluso en la obra del propio Braudel: “Considerado en el conjunto de preguntas, el documento se aleja continuamente del testimonio. Nada es en cuanto tal documento, aunque cualquier residuo del pasado sea potencialmente huella. Para el historiador, el documento no es dado simplemente, como podría sugerir la idea de huella. Es buscado y encontrado. Más aun, es circunscrito y, en ese sentido, constituido, instituido documento, mediante el cuestionamiento.” Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 234.

Estos elementos pueden ser tomados como guías procedimentales — contrario al supuesto de que permiten una aplicación conducida de manera deductiva — lo suficientemente aptas para asumir o reaccionar a condiciones no previstas ni esperadas.⁶⁰ Profundizando en esta aseveración, las programaciones metódicas escapan de la estrechez formalista pues toman en cuenta una aplicación en contornos decididamente *policontextuales*. Si permiten la decisión sobre la verdad o no verdad del conjunto de enunciados condicionales (hipótesis), para hacerlo de manera adecuada — se entiende que adecuada para el sistema — deben recurrir al *tercero excluido*. Al introducir esta suerte de paliativo a la sola binariedad del código, el sistema toma en cuenta otros criterios no incluidos desde el principio de la operación y que expresan tipos alternativos de valores, como los estéticos, los políticos, etcétera, aunque sus asignaciones finales estén acreditadas sólo desde el código científico.

Con estas pautas *extrañas* a la ciencia los sistemas codificados de manera binaria adquieren la distancia necesaria para observar sus operaciones, alcanzando así la capacidad de *estructurar la propia complejidad*.⁶¹ Lo anterior supone necesariamente resolver las paradojas involucradas en toda codificación binaria y que se desprenden de la posibilidad de aplicar a la distinción *verdadero/no verdadero* los mismos valores comprometidos por el código *verdadero/no verdadero*. Precisamente a ello se le debe su acreditación autorreferencial, que no significa otra cosa que la posibilidad del sistema de observar sus observaciones producidas. Por supuesto, se trata de observaciones metódicamente controladas, pero al fin observaciones de segundo orden con todas las cualidades que presentan las autoobservaciones sistemáticas, en particular aquella ya mencionada de volver a generar asimetrías gracias a la forma secuencial que asume, esto es,

⁶⁰ “El método deductivo ve el método como el despliegue de las seguridades dadas; el método cibernético, como un constante practicar anticipaciones y recursiones. Los dos procedimientos son recursivos en la medida en que ambos requieren enlazarse a resultados. Pero el enlace está regulado de manera distinta en cada uno de ellos. En el método deductivo se trata de un recurso a la prueba de seguridad; en el cibernético, de un recurrir a posiciones semifijas con un cierto control de los errores”. Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 300.

⁶¹ Giancarlo Corsi, Elena Esposito y Claudio Baraldi, *Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann*, p. 132. Compárese con esta expresión de Luhmann: “La metodología formula programas para una máquina histórica”. Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 297.

suministrar la distinción *antes/después* para identificar elementos y su ocurrencia a partir de ese índice de temporalidad.

Me interesa particularmente para la hipótesis antes formulada la cualidad de observación de segundo orden que presenta la programación metódica. Lo que acarrea como implicación principal revisar aunque sea de manera general la situación metódica de la disciplina histórica en su contexto de interconexión con las ciencias sociales. La importancia de esta temática radica en que dicha programación induce y orienta, desde la posibilidad de plantear problemas y resolverlos, la autorreflexión sistemática necesaria para la propia disciplina. Con esta cualidad se establece y reproduce como operación —finalmente, como racionalidad operativa— no desde la posibilidad de limitar y tratar sus campos objetuales como realidades estudiadas y/o explicadas, sino como un sistema cognitivo que se articula transversalmente con el conjunto de la investigación social.

Se ha tratado ya el tema de cómo se genera ese proceso de transporte o transferencia categorial, lo que dota a la historia de competencia esquemática. Ahora se trata de transferencia de programas que abren sus posibilidades de investigación como proceso empírico, pero es un nivel donde, de acuerdo a los términos de la hipótesis planteada, la investigación histórica adquiere cualidades metódicas de observación de tercer orden. Se ha afirmado que los procedimientos metódicos de cada rama de investigación histórica permiten la transformación de las irritaciones producidas por sus entornos (ciencias sociales) en formas operativas especialmente importantes para la recursividad y reproducción autopoiética.⁶² Por tanto, se altera sensiblemente la relación *redundancia/variación* establecida en la disciplina de origen por parte de las programaciones metódicas aplicadas en cada rama de investigación histórica. Lo que dicha investigación falsea es la expectativa como forma de aprendizaje (variación), generando una mayor redundancia pero que alienta un incremento en la selectividad de los enlaces comunicativos. El doble efecto producido consiste en que esa falsación puede expandir, paradójicamente, las variaciones en el terreno de las ciencias sociales,

⁶² Cfr. Aldo Mascareño, "Sociología del método: la forma de la investigación sistémica", *Cinta de Moebio, Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, n. 26, diciembre, 2006, p. 122-154.

al tiempo que potencia la autorreflexión con la introducción de la diferencia *pasado/futuro*.⁶³

Este doble efecto permite percibir cómo la discusión metodológica en la ciencia histórica ha cambiado drásticamente desde que se le atribuyeron facultades cognitivas. Ya en el siglo XIX la identificación de un método histórico fue factor esencial en la elevación de su rango como forma de saber. En ese momento la justificación formal de una ciencia dependía directamente de las confirmaciones metódicas que cada disciplina estaba en condiciones de aportar. Resulta pertinente como un indicador de la transformación aludida caracterizar el recorrido de los tratamientos del tema a partir de sus momentos estelares. No se trata de trazar una línea progresiva, pues las modalidades en esos tratamientos, los marcos conceptuales y reflexivos movilizados para justificarlos, así como los supuestos de base a los que se recurría, impiden, por suerte, su descripción como un solo proceso que, además de acumulativo en sus logros, sintetizara los avances alcanzados.

Los diferentes intereses buscados, los dispares fines que se perseguían y los heterogéneos contextos históricos desmentirían rápidamente un intento como éste. Es por eso que se trata aquí de una descripción que no busca ser exhaustiva ni terminante, sino sólo concordante en sus líneas generales con la hipótesis planteada y con los nuevos perfiles que adquiere en la actualidad la discusión metodológica. El punto de partida consiste en tomar de las propuestas de Luhmann la perspectiva que alude a la naturaleza autorreferencial de los métodos, así como su correlativa cualidad de observaciones de segundo orden. Esos momentos estelares de la discusión metodológica tienen, sin embargo, algo en común: la motivación y los elementos más característicos se gestaron en terrenos que no fueron los

⁶³ “Con la necesidad de simultaneidad queda establecido que el presente respectivo debe ser utilizado como punto de diferencia entre futuro y pasado. Con ello se asegura también el que los horizontes de futuro y de pasado del sistema y del entorno sean potencialmente integrables y se dejen sumar como horizontes del mundo. Sólo dentro de estos horizontes del mundo, y en consonancia con el flujo regular del tiempo, puede ocurrir el proceso de diferenciación de los sistemas de sentido.” Niklas Luhmann, *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, p. 196. Cabe entonces interrogarse si lo que se está planteando aquí no es otra cosa que la posibilidad de diferenciar entre la historia del sistema y la historia del mundo. Véase para esta discusión otro texto del mismo autor: “Tiempo universal e historia de los sistemas. Sobre las relaciones entre los horizontes temporales y las estructuras sociales de los sistemas sociales”, en *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, p. 74 y s.

de la investigación histórica. Así, el primero de esos momentos tuvo como marco de gestación el famoso problema del dualismo metódico (siglo XIX); el segundo ubica la reacción documental que se produjo en la historiografía como efecto de la discusión anterior.

La tercera fase fue expresión más o menos generalizada de esa pretendida unidad metódica de la ciencia que la filosofía de la primera mitad del siglo XX, por lo menos en su vertiente de empirismo lógico, se encargó de propalar y autorizar. Finalmente, y ya en el panorama de las últimas cuatro décadas del siglo anterior, se presentó la discusión generada entre historiadores como secuela productiva de esa creciente interrelación de la historia con el conjunto de las ciencias sociales. A pesar del rasgo común señalado, es notorio que sólo en la última fase se ponga en crisis la suposición generalizada en las etapas previas de que poder definir con precisión la naturaleza metódica del saber histórico permite automáticamente resolver el problema de su fundamentación científica. En cuanto a la primera etapa, son de sobra conocidos los términos de la discusión en juego: la contraposición entre el método de la explicación causal y el método de la comprensión teleológica. El supuesto compartido por ambas posturas fue que la distinción planteada recogía en sustancia las diferencias más notorias entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu.⁶⁴

Esta modalidad alcanzó sus límites en la extrapolación llevada a cabo por el neokantismo, de tal modo que pudo justificar la contraposición entre ciencias nomológicas y ciencias de la cultura. Sólo que al hacerlo introdujo subrepticamente la dualidad entre lo empírico y lo trascendental, pues en la opinión de sus autores más reconocidos — Windelband, Rickert, Cassirer — la distancias apreciables entre estas ciencias no sólo tenían que ver con esferas de realidad diversas, sino que esto sólo era expresión parcial de la subordinación de las ciencias nomológicas al rango de universalidad que presentaban los fenómenos culturales. Este aspecto fue abordado a partir de la presunta consistencia trascendental de las ciencias de la cultura. Por su parte y como efecto derivado de esta discusión, ya en el seno de la propia disciplina histórica se presentó la reducción de

⁶⁴ Cfr. Karl-Otto Apel, *La controverse expliquer-comprendre. Une approche pragmatique-transcendentale*, traduit de l'allemand par Sylvie Mesure, Paris, Cerf, 2000, 384 p.; Jürgen Habermas, *La lógica de las ciencias sociales*, p. 81 y s.

la problemática metodológica al plano de la necesaria intermediación documental.

Esta cuestión, por supuesto, tenía una tradición más antigua y venerable que las temáticas filosóficas que se originaron en el siglo XIX. Reconociendo su continuidad con la diplomática, con la tradición jurídica que tendió a inaugurar la práctica archivística, con el trabajo de la exégesis bíblica y con la actividad de coleccionar documentos que, desde el siglo XV, encontró grandes mecenas, fue hasta el siglo XIX cuando esas *operaciones* fueron recuperadas y enmarcadas en la problemática metodológica de la disciplina histórica. Siendo la base para otra forma de *erudición*,⁶⁵ y amparada en la especialización de un trabajo que incluía desde luego la filología y la archivística, esta operación se convirtió en el centro definitorio de una actividad especificada como aplicación del método de investigación documental. La famosa crítica de fuentes supuso un particular trabajo de orden textual, mismo que permitía identificar aquellos enunciados particulares que formaban parte de la unidad textual del documento con el fin de determinar sus grados de *significabilidad*.

Este procedimiento era seguido por un proceso inverso, consistente en la recomposición textual en unidades cada vez más amplias y capaces de establecer otro orden textual accesible ahora al comentario autorizado. Sin embargo, descomposición y recomposición textual tendían a ocultar el tipo de mediación que circunscribe la recurrencia a materiales escritos. Si esta forma era la tradicionalmente sancionada, lo era porque convertía los *monumentos* del pasado en *documentos* de desciframiento para una *conciencia* presente. No está por demás señalar que incluso fuentes no escritas (monumentos, gestualidades, oralidades), debían pasar por la tamización del lenguaje escrito como primer paso para su interpretación autorizada. La intención de este recurso de análisis estaba dirigida a transparentar la opacidad del documento, siempre y cuando se pudiera esquivar la materialidad que lo constituía, es decir, su consistencia

⁶⁵ "El erudito quiere totalizar las innumerables 'rarezas', producto de las trayectorias indefinidas en su curiosidad, y por lo tanto inventa lenguajes que aseguren su comprensión. Si juzgamos según la evolución de su trabajo (pasando por Peiresc y Kircher, hasta Leibniz), el erudito se orienta, desde el fin del siglo XVI, hacia la invención metódica de nuevos sistemas de signos gracias a procedimientos analíticos (descomposición, recomposición)." Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 87.

lingüística. Siguiendo en este punto la famosa indicación de Michel Foucault, el documento ha tendido a convertirse en *monumento*, cosa que expresa una disposición distinta del saber histórico.⁶⁶

Así, el paso del *documento* al *monumento* implica por lo menos dos cosas: la descripción del monumento-documento eleva su condición de sustrato medial, de lo que se sigue que esa materialidad sobrepasa con mucho el trabajo de interpretación clarificadora por parte de una *conciencia*. El primer aspecto deriva en un tratamiento de orden semántico de esa masa documental. El segundo señala que el documento es producto de un trabajo previo que lo convierte en herramienta técnica para modelos conceptuales, relación que es ya indispensable para la investigación histórica amén de ser definitoria de consistencia *autológica*. Por eso mismo se ha hecho notar insistentemente la inconveniencia de dicha reducción, por lo que la reacción posterior en la propia historiografía fue la de ejercer una crítica profunda contra la gran escuela que gestó este proceso, donde el papel de *Annales* anuncia la tónica que tendrá la expansión de los aspectos metodológicos para la segunda mitad del siglo XX.

El tercer momento de la discusión se singularizó por la intención del proyecto más general que enmarcaba la problemática metódica. En pocas palabras, el interés filosófico estaba centrado en desarrollar las condiciones intrínsecas de la explicación científica. Era posible alcanzar esto por medio de un trabajo de análisis sobre la consistencia lógica de las proposiciones teóricas y empíricas de las ciencias, además de una aclaración de los procedimientos de su comprobación, lo que supuso estandarizar aquellos considerados como justificados. El supuesto defendido por el empirismo lógico, en su versión de filosofía de la ciencia convencional, fue aquel que consideró que, independientemente del tipo de disciplina que se tratara, se expresaría

⁶⁶ "Digamos, para abreviar, que la historia, en su forma tradicional, se dedicaba a 'memorizar' los monumentos del pasado, a transformarlos en documentos y hacer hablar esos restos que, por sí mismos, no son verbales a menudo, o bien dicen en silencio algo distinto de lo que en realidad dicen. En nuestros días, la historia es lo que transforma los documentos en monumentos, y que, allí donde se trataba de reconocer por su vaciado lo que había sido, despliega una masa de elementos que hay que aislar, agrupar, hacer pertinentes, disponer en relaciones, constituir en conjuntos [...] podría decirse, jugando un poco con las palabras, que, en nuestros días, la historia tiende a la arqueología, a la descripción intrínseca del monumento." Michel Foucault, *La arqueología del saber*, 17a. ed., traducción de Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI, 1996, p. 10-11.

al final una concordancia de estos procedimientos de comprobación con el método científico de base. Esa pretendida unidad metodológica, por tanto, estaba asegurada porque todas las ciencias buscaban como criterio último de validez la comprobación empírica.

Dado que los procedimientos metodológicos de todas las disciplinas científicas dependen de una misma lógica de investigación, sus objetivos y la forma en que se realizan esos objetivos son por tanto idénticos para todos los saberes involucrados. Esos objetivos eran la descripción de estados de cosas, la explicación a partir de relaciones causales y la predicción controlada de resultados. La forma de conseguirlos pasaba por la subsunción de los casos singulares estudiados bajo la cobertura de leyes generales planteadas hipotéticamente. El método científico permite comprobar una y otra vez dicho caso de subsunción.⁶⁷ Las diferentes tentativas para delimitar con precisión los elementos básicos del método científico terminaron en una situación que, más que demostrar la existencia de un núcleo común de todo conocimiento posible, aportaron argumentos contra esa presupuesta unidad metódica de base.⁶⁸

El quiebre de la discusión anterior se presentó cuando se abordó dicha unidad desde la distinción habida entre la típica explicación causal de los fenómenos por referencia a leyes generales y el concepto de acción intencional, cuyo acceso sólo podía tener lugar por medios comprensivos. Pero esto no era simplemente la traducción más moderna de la contraposición *explicación/comprensión* decimonónica, sino su disolución. El marco donde se realiza esta distinción es ya la discusión metodológica en el seno de las ciencias sociales, particularmente de la sociología posweberiana. Lo curioso es que la ponderación de la acción intencional como modelo de acción social haya pasado por el tamiz de criterios empiristas, actualizados y supelementalmente aptos para ser aplicados a las diferentes modalidades de investigación social. Quizá por eso las propias ciencias sociales

⁶⁷ Karl R. Popper, *The logic of scientific discovery*, New York, Harper Torchbooks, 1968, 479 p. Véase en particular el capítulo II: "On the problem of a theory as scientific method", p. 49-56; René Thom, "El método experimental: un mito de los epistemólogos (¿y de los científicos?)", en *La filosofía de las ciencias, hoy*, coord. por Jean Hamburger, trad. de Corina Yturbe, Claudia Martínez Urrea, México, Siglo XXI, 1989, p. 14-31.

⁶⁸ Cfr. Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, trad. de Agustín Contin, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 319 p. También Hilary Putnam, *Razón, verdad e historia*, traducción José Miguel Esteban Cloquell, Madrid, Tecnos, 1988, p. 175 y s.

tardaron más que las ciencias naturales en poner a discusión crítica dichos presupuestos neopositivistas.⁶⁹

Si se puede fechar el momento en que esta crítica genera su disolución para la discusión metodológica en la década de los sesenta, no parece de ninguna manera casual que también en la historiografía se adquiriera por los mismos años un caudal de criticidad *antiempirista* en el orden metódico, al punto de romper definitivamente con el reduccionismo documental. Esta situación resultó en una nueva distribución en la manera en que se trataron las cuestiones metodológicas, por supuesto, más allá de las convencionales diferenciaciones al tipo de *explicación vs. comprensión*, o en su modalidad de *explicación nomológico deductiva vs. razonamiento práctico*. En ese sentido, la convocatoria realizada por Braudel para ligar la investigación histórica a las ciencias sociales y a sus procesos de investigación expresa dos planteamientos: por un lado, la vía de superación definitiva de una vieja historia centrada en los relatos de grandes acontecimientos; por el otro, la necesidad de dotarla de una base científica sólida.⁷⁰

Por más que la demostración de esa sólida base científica de ciencias como la sociología se diera por descontada acríticamente, la significación que presentó esa convocatoria fue sin duda crucial. Sintetiza un estado diferente de enfrentar el trabajo de investigación, un nuevo papel para los edificios conceptuales —en realidad, se trata de la introducción de teorías sociales de diferente envergadura—, así como de los procedimientos metodológicos dirigidos ahora a fenómenos colectivos inconscientes para los propios participantes, objeto de tratamiento serial, estadístico e incluso de programación informática. Ese estado puede denominarse como *constructivista*, si tomamos en cuenta que el énfasis está puesto, según Braudel, en el tipo de decisiones previas que los historiadores deben tomar, incluso si se

⁶⁹ Cfr. Álvaro Peláez Cedrés, "El empirismo lógico y el problema de los fundamentos de las ciencias sociales", en *Tratado de metodología de las ciencias sociales. Perspectivas actuales*, op. cit., p. 33-48. Para un ejemplo de la preponderancia empirista en la investigación social véase Ernest Nagel, *La estructura de la ciencia. Problemas de la lógica de la investigación científica*, trad. de Néstor Míguez, Barcelona, Buenos Aires, Paidós, 1981, 556 p. Revítese el capítulo XIII: "Problemas metodológicos de las ciencias sociales", p. 404-452.

⁷⁰ Fernand Braudel, *Las ambiciones de la historia*, ed. preparada y presentada por Roselyne de Ayala y Paule Braudel, pról. de Maurice Aymard, trad., María José Furió, Barcelona, Crítica, 2002, p. 35 y s.

consideran importantes las decisiones todavía subjetivas o de voluntad personal. Quizá por eso el propio Braudel tuvo que reconocer la existencia de una crisis general en el campo de las ciencias humanas, lo que forzó un cambio en el rumbo de la disciplina histórica.

Incluso su llamado a asumir como formas de trabajo aquellas que ya no coincidían con el historiador aislado, amparado en su erudición, sino las que se desprendían de esa dimensión colectiva que la investigación social ensayaba bajo un énfasis cada vez más agudo de multidisciplinariedad, enmarca su interés por las ciencias sociales. La ruptura que ellas operaron con el “humanismo retrógrado” dio la pauta para una reorganización de sus campos de investigación, cosa que generó, según Braudel, un caudal de problemas donde la identidad disciplinaria fue el menor de todos.⁷¹ Pero por más que se pensara que la historia podía conformarse en una suerte de centro aglutinador de todos los esfuerzos llevados a cabo en forma dispersa por las diferentes ciencias sociales, el reconocimiento alude a la complejidad del mundo social que reclamaba otras modalidades cognitivas que no se contentaban ya con las seguridades objetivistas previas.

En estos esfuerzos ejemplificados por las posturas de Braudel se esconde la continuada ampliación de la base disciplinaria de la historia, misma que no se identifica con un solo modelo teórico ni con un único procedimiento metódico autorizado. Esa necesaria vinculación con las ciencias sociales que fue colocada en primer plano por la segunda generación de *Annales* terminó por diluir los prestigios de la añeja noción *ciencias del espíritu*, incluso en su versión neokantiana de ciencias de la cultura, lo que estaba por supuesto conectado con la pérdida de plausibilidad del marco transcendental que se adoptó en el historicismo y sus secuelas.⁷² Por supuesto que todavía

⁷¹ Fernand Braudel, *Écrits sur l'histoire*, Paris, Flammarion, 1969, p. 41-42.

⁷² Lo que no quiere decir que se rompiera con el humanismo como tal, liberado de las ataduras de las viejas temáticas. Así lo expresó Braudel: “No existe ningún rasero común entre este humanismo clásico, que nuestra universidad defiende a pesar de sí misma en nombre de sus programas, y el humanismo esencial que se está elaborando como una inmensa revolución, bajo el influjo repetido de las diversas ciencias sociales. Nosotros queremos participar en esta revolución para, de algún modo, no dejar la tarea de construir el conocimiento de un hombre nuevo, que por lo demás debe ser tremendamente múltiple, en manos de las otras ciencias sociales, llenas de juventud y en plena forma, desde la etnología a la demografía, desde la economía política a la antropología, desde la geografía humana hasta

en Braudel quedaba lejos el reconocimiento de que esa relación con las ciencias sociales implicaba algo más, mucho más en realidad, que el ejercicio de una complementación de esfuerzos.

Sólo tiempo después, y ya en un marco historiográfico diferente al que vivió Braudel, llegaría la necesidad de replantear esa relación en otros términos.⁷³ Desde este punto de vista, la discusión metodológica en historia reproduce las tónicas desarrolladas en el campo de la investigación social, lo que fuerza a dejar de lado la crítica documental tradicional. La afirmación de que sin teoría y sin la definición previa de ciertas orientaciones metodológicas no hay propiamente fuentes históricas, no es otra cosa que traducir las exigencias de una programación sistémica en el orden procedimental de las investigaciones históricas. Aunque cabe aclarar que el factor institucional influye también en la constitución de las fuentes en su dimensión de *archivo*. Ahora bien, esa dinámica *transferencial* puede ser interpretada bajo otras connotaciones pero que resultan igualmente productivas para describir el estatus metodológico de la historia.

*Falsación autorreferencial, limitacionalidad y observaciones
de tercer orden*

Los *modelos* —expresión utilizada por Michel de Certeau para referirse a las construcciones teórico-metodológicas que el historiador hereda— colocan al saber histórico en sus propios límites. Esto quiere decir que los márgenes son esas zonas donde trabaja el historiador siempre en relación con una “racionalidad contemporánea” y operante en campos “científicos diferentes”.⁷⁴ Otra manera de expresar el hecho de que la historia no constituye por sí misma un campo científico diferenciado respecto a los otros saberes (los de las ciencias sociales), es considerar que su operación introduce esas diferenciaciones recibidas en su propio *lado interno* y las lleva a una

la sociología. La historia tiene su propio lugar entre esas ciencias humanas.” Fernando Braudel, *Las ambiciones de la historia*, op. cit., p. 129.

⁷³ Cfr. *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, Bernard Lepetit, dir., Paris, Albin Michel, 1995, 337 p. Hervé Coutau-Bégarie, *Le phénomène nouvelle histoire. Grandeur et décadence de l'école des Annales*, p. 126 y s.

⁷⁴ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 94.

programación metódica. Entonces y a consecuencia del argumento precedente, una “táctica de la desviación” sería el signo definitorio del hacer historiográfico, según de Certeau.⁷⁵ Para una perspectiva como ésta, los intereses científicos siempre *exteriores* inducen a la creación, en historia, de eventuales “laboratorios de experimentación epistemológica”.⁷⁶

Es ahí, en ese laboratorio, donde se ponen a prueba los modelos generados desde esos otros campos científicos y se establecen mediciones sobre sus márgenes, no sobre su validez teórica o empírica. Su función como investigación histórica, esto es, con la confrontación de esos modelos científicos con áreas no necesariamente aptas para el tratamiento científico, consiste en la *falsación* de los modelos mismos. Se pensaría — con ciertas razones que de todos modos no pueden ser al final justificables — que esa experimentación estriba en un conocimiento cada vez más logrado de esos objetos o áreas de estudio resistentes a los tratamientos lógicos o técnicos, por ejemplo la sexualidad o la locura en el siglo XVI. Así como en las ciencias sociales las explicaciones consisten en subsumir los casos estudiados a la cobertura legal de regularidades expresadas teóricamente, en historia debía esperarse lo mismo puesto que los modelos que aplica no deben perder cualidades sintéticas o empíricas a pesar del ejercicio de extrapolación realizado.

No se trata de escoger entre dos opciones posibles para referirse a la investigación histórica: la de comprobar la validez de las hipótesis formuladas desde teorías determinadas o la falsación de las mismas y, por tanto, la señalización de un campo no válido cubierto por la teoría. Al contrario de las consecuencias derivadas de los ejercicios de comprobación, el segundo recurso involucra la introducción de otro tipo ajustes constantes en la teoría desde la cual se derivó la hipótesis en cuestión. Ninguno de los dos ejemplos tiene que ver con la manera en que se conducen los *laboratorios de experimentación*

⁷⁵ “Una táctica de la desviación especificaría la intervención de la historia. Por su parte la epistemología de las ciencias parte de una teoría presente (en biología, por ejemplo) y encuentra a la historia en la modalidad de lo *que no había sido* aclarado, o pensado, o considerado posible, o articulado previamente, en estos casos, el pasado aparece en principio como ‘lo que faltaba’. La inteligencia de la historia está ligada a la capacidad de organizar diferencias o ausencias *significativas* y jerarquizables, porque se refieren a formalizaciones científicas actuales.” *Ibid.*, p. 97.

⁷⁶ *Idem.*

histórica. El *cambio de frente* de la investigación al que alude Michel de Certeau apunta a cuestiones pragmáticas más decisivas. Ya se sabe desde hace un buen tiempo que las “coherencias” son en realidad las instancias iniciales por las cuales los sistemas científicos producen sus objetos, definen *a priori* los niveles de análisis requeridos, crean sus propios caudales de datos o series de series, así como articulan los procedimientos necesarios para alcanzar los fines determinados previamente. Entonces y de acuerdo a ese cúmulo de elementos, la cualidad del hacer historiográfico consiste en determinar los límites de aplicabilidad de dichas coherencias.

Apoyándose sobre totalidades formales establecidas por decisiones, se dirige hacia las desviaciones que revelan las combinaciones lógicas de series y se desempeña mejor en los límites. Si tomamos un vocabulario antiguo que ya no corresponde a la nueva trayectoria, podríamos decir que la investigación ya no parte de “rarezas” (restos del pasado) para llegar a una síntesis (comprensión presente), sino que parte de una formalización (un sistema presente) para dar lugar a “restos” (indicios de límites y, por ahí, a un “pasado” que es el producto de un trabajo).⁷⁷

Falsear modelos de esta manera se constituye en una modalidad de la *limitacionalidad* indispensable para la operación autorreferencial del sistema de la ciencia, si se sigue con Luhmann que tal circunstancia consiste en una relación de carácter funcional por la cual se delimita un lado de la distinción utilizada “en el campo de variación que limita el otro lado”.⁷⁸ La codificación *verdadero/no verdadero* al ser objeto de tratamiento metódico en alguna ciencia social, la antropología por ejemplo, conduce a un proceso de *asimetrización* que permite la atribución de algún valor distinguido en el código. Si se lleva el modelo antropológico a la investigación histórica, entonces sobre la asimetría ya construida se introduce otra capa de asimetrías explotando la posibilidad de trabajar con elementos extraños, en principio, a la codificación de origen. Con la asimetrización de las asimetrías ya establecidas previamente, la investigación en historia tiende a incrementar al grado de selectividad resultante, como ya se ha señalado.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 92.

⁷⁸ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 282.

Se podría llevar la redundancia incluso más allá, pues el efecto de la *limitacionalidad* se expresa en la capacidad de la disciplina científica por ampliar sus márgenes de autorreflexividad, de tal manera que la operación historiográfica vendría a ser la reflexividad de la reflexividad ya construida. Coincidentemente con esto, el énfasis puesto por De Certeau en la condición presente del saber histórico arroja consecuencias para analizar este proceso de asimetrización de las asimetrías constituidas de manera sistémica. Si la historia se encuentra condicionada por “el sistema con que se elabora”, ella misma es ya un producto emplazado en “algún punto de dicho sistema”.⁷⁹ Esto quiere decir que no es posible observar sus condiciones metodológicas adoptando el punto de vista referencial, como si el pasado adquiriera la consistencia de lo *dado* hacia el que se dirige el trabajo del historiador. Esa realidad pasada sería accesible por el efecto combinado de una capacidad comprensiva del sujeto, administrada de forma tal que lograra reconfigurar los conjuntos textuales que actúan como sus fuentes.

El siglo XIX demostró, para nosotros, lo contrario del supuesto referencial. Si en ese momento la historia no pudo más que definir su campo objetual como el pasado en sí, esto obligó a establecer los aspectos metódicos en dependencia directa de sus posibilidades de captación de lo real. Pero lo que se evidenció ya para finales del siglo XX, y De Certeau es muestra de ello, fue que esa tradicional definición de la historia como ciencia del pasado carece de todo sustento, siendo sustituida por un análisis que sólo puede tener en cuenta las trayectorias operacionales para precisar su estatus metodológico. Este proceso podría caracterizarse por el paso que, de la *referencialidad* a la *funcionalidad*, realizan las investigaciones históricas. Con lo cual se identifica el paso hacia una perspectiva metodológica que no puede obviar el cometido de las “desviaciones” producidas, como forma de falsear esos modelos articulados por otras racionalidades operativas.

⁷⁹ “Así pues, el tener en cuenta el lugar donde se produce, permite al saber historiográfico escapar a la inconsciencia de una clase que se desconocería a sí misma como clase en las relaciones de producción, y que por lo tanto, desconocería a la sociedad donde está insertada. El enlace de la historia con un lugar es la condición de posibilidad de un análisis de la sociedad. Sabemos, por lo demás, que tanto en el marxismo como en el freudismo no hay análisis que no sea integralmente dependiente de la situación creada por una relación, social, analítica.” Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 81.

Esta funcionalidad, en un sentido análogo a la asimetrización propuesta por Luhmann, consiste en producir *negaciones* que sólo después puedan ser reintroducidas al circuito de la investigación social. El efecto recursivo es evidente, aunque De Certeau alude a algo más: el pasado deja de ser realidad explicada o descrita, para convertirse en el resultado de un conjunto de operaciones concertadas. Aun más, es aquello que se muestra como diferencia, donde ésta se instituye gracias al sistema de sus procedimientos de investigación. Es un resultado paradójico, puesto que se presenta como aquello que es resaltado en la aplicación metódica — en la falsación de los modelos recibidos — sólo como diferencia respecto al presente de la racionalización. Es, por tanto, en palabras de Michel de Certeau, una *relación* entre los términos puestos en juego por el complejo de operaciones, donde el tiempo se reintroduce en el lugar mismo del saber.⁸⁰

Ese complejo puede decirse que existe sólo en el presente, en el momento donde la ejecución de una operación se lleva a cabo, pero la secuencialidad implícita señala que al enlazarse con la operación subsiguiente se configura su propio futuro. En este proceso, la memoria del sistema debe ser capaz de *recordar* las operaciones anteriores o los estados pasados que dieron cabida a esa secuencialidad. En el presente de la operación — propiamente en su simultaneidad — se reproduce constantemente la distinción entre pasado y futuro, entre actualidad de la operación y sus potencialidades ulteriores.⁸¹ Si las unidades formales — los modelos o los programas en el vocabulario de Luhmann — son falseados en el sentido de que la investigación histórica establece sus límites de validez, por así decirlo, las desviaciones identificadas permiten referir al pasado. Insisto, ese pasado referido no es el producto de una síntesis de los datos o las informaciones manejadas: es la diferencia que resulta del empleo de esos modelos de racionalidad instituidos en el presente.

Estos modelos en su nivel metodológico consisten en vocabularios que presentan cualidades empíricas, esto es, que son suscep-

⁸⁰ "El distanciamiento produce un doble efecto. Por una parte, historiza lo actual; hablando propiamente, *presentifica* una situación vivida, obliga a explicitar la relación de la razón reinante con un lugar propio que, por oposición a un 'pasado', se convierte en presente. Una relación de reciprocidad entre la ley y su límite engendra simultáneamente la diferenciación de un presente y de un pasado." *Ibid.*, p. 100.

⁸¹ Niklas Luhmann, *La ciencia de la sociedad*, p. 168.

tibles de ser falseados, mientras los vocabularios de las teorías no son falseables pero permiten identificar los criterios necesarios para definir problemas de investigación y formular hipótesis manejables metódicamente. Falsear consiste en el ejercicio de poner a prueba ese vocabulario condicional (las hipótesis) con el fin de producir errores, insuficiencias o carencias, que posteriormente pueden nuevamente ser utilizadas científicamente. De acuerdo con esto, quizá la apreciación de que el valor de la investigación científica consista en resolver problemas no sea ya adecuada; antes bien, esta investigación permite ocultar que dicha funcionalidad depende, en realidad, de la capacidad para formular nuevos problemas de manera incesante. Aceptando que en esto consiste la lógica de la investigación en ciencias sociales, lo que se resalta es que la historia no se adapta sin más a este procedimiento estandarizado.

Es así, por lo demás, que las diferentes disciplinas sociales logran condensar la recurrencia de las observaciones producidas y acceder a sus clausuras cognitivas en términos de observación de observaciones.⁸² La diferencia estriba en que la historia falsea el modelo en su conjunto y no sólo los enunciados hipotéticamente planteados; diferencia que debe proyectarse también a los cierres cognitivos que cada rama de investigación histórica lleva a cabo. El procedimiento metodológico incluye, por tanto, la posibilidad de falsear también los vocabularios teóricos, lo que en este trabajo se ha denominado modelos de racionalidad del presente. Se exhibe con esto una problemática crucial para entender la operación sistémica de la historia: esos modelos o unidades formales son en sus disciplinas

⁸² "La investigación en ciencias sociales constituye un sistema de observación de segundo orden en tanto que se enfoca en la observación de observadores que hacen sus observaciones (de primer orden). Es evidente que esto radicaliza y ubica en otro lenguaje a los planteamientos hermenéuticos que hace tiempo repararon en este aspecto de las ciencias sociales, orientadas a la reconstrucción del sentido —y los modos de comunicación—, en tanto que para el constructivismo sistémico-operativo, el sentido está implicado necesariamente en la observación." Martín Retamozo, "Constructivismo: epistemología y metodología en las ciencias sociales", en *Tratado de metodología de las ciencias sociales. Perspectivas actuales*, p. 383. El autor se refiere a la temática que autores como Giddens han resaltado: la investigación en ciencias sociales se construye desde dos pisos hermenéuticos o desde una doble hermenéutica. El sentido que los actores aportan se recupera en el sentido que permite la reconstrucción de sentido de los científicos sociales. Traducido en términos de teoría social sistémica, la observación de segundo orden es ya la aplicación metodológica así como su resultado, pues sus áreas de estudio no son otras que aquellas que se configuran como operaciones de observación básicas.

de origen característicamente ahistóricos. Esta condición debe tomarse en un sentido restringido, puesto que sólo se afirma que están orientados a circunscribir temáticas actuales o presentes para el sistema social.

Sus autoobservaciones se dirigen precisamente a esa actualidad, orientación que igualmente determina sus potencialidades autorreflexivas o de autoobservación, por más que la *secuencialidad* mencionada esté presente en sus formas operativas. Lo que quiere decir que la utilidad que presentan para la historia es producto de una adaptación a un *ambiente* de investigación diferente. Dicha adaptación se cumple como ejercicio de historización de los modelos que, para todos los efectos, consiste en la *reentrada* de la distinción *pasado/futuro* desplegada en la temporalidad operativa misma. Esto se puede parafrasear utilizando conceptos propios de la filosofía de la ciencia convencional con el fin de evidenciar en qué consiste la reentrada de la distinción. Entonces, historizar consiste en el paso de una perspectiva típicamente sincrónica manejada en la investigación social, a otra decididamente diacrónica, alterando hasta cierto punto las cualidades *sintéticas* que deben tener los vocabularios metodológicos.

Esa cualidad que presentan los vocabularios en ciencias como la sociología se restringe, como se afirmó arriba, a los enunciados condicionales, no a los enunciados predicativos. Se cumple de manera diferente, por tanto, la condición *sintética* que debe tener toda investigación científica en la aplicación metódica de la historia. Desde la perspectiva de las ciencias sociales, la historia sólo puede presumir de un carácter analítico. Esto es posible deducirlo desde la falta de un campo formal de objetos de estudio por parte de esta disciplina. En otras palabras, por no dotarse de un territorio empírico delimitado con precisión, la historia sólo debería de poder formular enunciados teóricos de cierta generalidad, sin el respaldo que aportan los vocabularios condicionales. Pero la reentrada de la distinción que se presenta en la secuencialidad operativa, *pasado/futuro*, permite precisamente la transformación de ese carácter *analítico* en competencia *sintética*.

Si el *sentido* es el *medium* para la creación selectiva de formas en los medios de comunicación simbólicamente generalizados, ese *medium* no sólo tiene relación directa con la distinción mencionada entre *actualidad* y *potencialidad*, sino que ésta es precisamente su

distinción central.⁸³ Es plausible, entonces, concebir el proceso de adaptación como una *resemantización* de la forma *sentido* a partir de la *semantización* por la cual que las ciencias sociales la han condensado. Quizá a lo anterior se deba el que la programación metódica en historiografía no sea simplemente la reproducción de la misma programación que se realiza en ciencias sociales. Y esto es probablemente más claro en el siguiente nivel de adaptación: los modelos se correlacionan con bases documentales. Esos cuerpos documentales, fuentes de archivo, son textos que ya en su propia conformación impresa introducen la posibilidad de romper con la inmediatez de la comunicación, alargando el proceso de recepción.

Con esto se alienta no sólo la complejización en el procesamiento de la información para el sistema, sino que permite introducir otro nivel de temporalización. La comunicación desde la aparición de la escritura impresa — independientemente de que se pueda hacer énfasis en la *autorreferencia* (la comunicación misma) o en la *heterorreferencia* (la información comunicada) distinción sólo accesible desde la comunicación — ya no sólo se produce entre contemporáneos, sino que tenemos acceso a comunicaciones realizadas en el pasado.⁸⁴ Por supuesto, el trabajo sobre las fuentes depende de las orientaciones teóricas, de los problemas formulados y de las previsiones metodológicas, a lo que habría que agregar la diversidad de tratamientos que es finalmente consecutiva a la variación en las modalidades de investigación.

⁸³ “Con esta solución reflexiva del problema de la recursividad secuencial —y podría hablarse de coevolución— converge el logro evolutivo más importante que, en general, hace posible la comunicación: la representación de la complejidad en la forma de *sentido*. También aquí forma significa distinción de dos lados. Los dos lados de la forma-sentido [...] son *realidad y posibilidad*; o bien en consideración a su uso operativo, *actualidad y potencialidad*. Niklas Luhmann, *La sociedad de la sociedad*, p. 106.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 117. Luhmann refiere la importancia del texto impreso en la autonomización que logra sobre los diferentes contextos, tanto respecto al momento original como aquellos a partir de los cuales puede ser leído, como una *temporalización de la historia*. Alfonso Mendiola lo expresa así: “La realidad construida por la comunicación escrita es radicalmente diferente a la de la comunicación oral. La dimensión de la temporalidad que tiene primacía en la cultura impresa es el futuro y no el presente, como en la oralidad. Gracias a que tiene archivos textuales es capaz, a pesar de estar orientada a la novedad, de reconstruir sus pasados en función de su porvenir. En cuanto a la dimensión social el mundo de lo impreso [...] crea una noción de mundo policontextual.” Alfonso Mendiola, “Las tecnologías de la comunicación. De la racionalidad oral a la racionalidad impresa”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, n. 18, 2002, p. 36.

En suma, los niveles a partir de los cuales los modelos o programas son historizados se conjugan en ese factor de reentrada de la distinción temporal *pasado/futuro* en el lado *actualidad* de la distinción operativa de sentido de *actualidad/potencialidad*. Las ciencias sociales sólo requieren la secuencialidad al nivel de la prosecución de sus operaciones/observaciones, por lo que incluso las observaciones reflexivas (de segundo orden) no depende de realizar una referencia directa a la distinción temporal de la operación, a pesar de como observación segunda suponga ya tiempo en su conformación como evento al interior del sistema. Por supuesto que con esto conforman una complejidad de horizontes de temporalidad, pero la diferencia que se ha expresado en términos metodológicos —falsación de los modelos o programas— determina otro nivel de reflexividad que no necesariamente está presente en las ciencias sociales: volver contingentes los marcos actuales de racionalidad.

El procedimiento metodológico que desarrollan las vertientes historiográficas es, como ya se vio, de naturaleza *sintética* o empírica, pero cubre el conjunto semántico del modelo expresado discursivamente (enunciados predicativos y enunciados condicionales). Esa falsación permite establecer los alcances del modelo, es decir, sus límites, al identificar las diferencias que resultan en su contrastación con los corpus documentales. El conjunto de diferencias obtenidas alimentan nuevos procesos de falsación, ya sea en la ciencia social correspondiente o en la misma rama de investigación histórica. Podría incluso pensarse que para esa disciplina social la investigación histórica aporta la posibilidad de una corrección (histórica) de sus modelos y programaciones que simplemente en su propio horizonte metódico no puede realizarse. Por tanto, participa en la reproducción autopoietica de esas ciencias, pero sólo cuando la historia misma está en condiciones de impulsar su clausura cognitiva.

Esta clausura está relacionada con los programas desarrollados en las diferentes ciencias sociales. La circularidad dibujada comprende una combinación entre mutación y duración, entre variación y redundancia, al punto de considerar todo el campo de la investigación social, incluyendo a la historia, como una diseminación de constantes interrelaciones que determinan la reproducción autorreferencial de todo el campo en su conjunto. Si esto es así, entonces cobra valor sostener que la clausura cognitiva de la historia participa

en ese proceso global, aportando observaciones de tercer orden. De Certau hace referencia a esa circularidad no restringida a la disciplina histórica y que conjuga los factores de mutación y duración de la siguiente manera:

Ya no puede hacer abstracción [el historiador] de los distanciamientos y de las exclusiones que definen la época o la categoría social a la que pertenece. En su operación, las permanencias ocultas y las rupturas instauradoras se amalgaman. Y esto lo demuestra claramente la historia, puesto que tiene por objeto diferenciarlas. La frágil y necesaria frontera entre un objeto pasado y una praxis presente comienza a tambalearse desde el momento en que al postulado ficticio de un dato que debe ser comprendido, lo sustituye el examen de una operación siempre afectada por determinismos y que siempre puede ser reconsiderada, siempre dependiente del lugar donde se efectúa dentro de una sociedad, y por lo tanto especificada por problemas, métodos y funciones propias.⁸⁵

Esa amalgama de *permanencias* (duración) y *rupturas instauradoras* (mutaciones) permite localizar los lugares presentes que determinan toda operación. La circularidad dibujada entre ciencia histórica e investigación social no sólo permite reencontrar a cada una en sus procedimientos analíticos lo que ya previamente se ha constituido como su condición más eficiente. Esto mismo puede ser planteado para toda ciencia de la sociedad. La localización efectuada circunscribe, finalmente, la capa de latencia involucrada en las operaciones/observaciones, dando pie para el análisis reflexivo requerido en la reproducción de las operaciones/observaciones subsecuentes. Lo que quiere decir que en la circularidad que muestra los procedimientos y en las interrelaciones operativas (esa situación de transversalidad vectorial analizada) la historia encuentra su carácter funcional: introducir elementos reflexivos con el fin de temporalizar —es decir, volver contingentes— las modalidades de autoobservación de las sociedades tardomodernas.

Recordemos que la reflexión se relaciona con la manera por la cual el sistema obtiene informaciones sobre sí mismo. El dinamismo

⁸⁵ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 53. Véase del mismo autor: *La debilidad del creer*, trad. Víctor Goldstein, Buenos Aires, Katz, 2006, 326 p. La lectura del capítulo 7 (“La ruptura instauradora”, p. 191-230) resulta pertinente para lo planteado arriba.

de la reflexión permite que la observación de un modelo del sistema genere operaciones posteriores que transformen sus estructuras, continuando de esa manera los ejercicios de autoobservación. Si como señaló de Certau la historia sitúa las operaciones y las observaciones en los lugares sociales en donde se producen, la reflexividad aportada consiste en comunicar lo indudable o evidente como lo más improbable. "Pensar como improbable lo ya existente".⁸⁶ Lo que se deja entrever es la cualidad de la observación historiográfica como observación de tercer orden, pues en su articulación transversal con las ciencias sociales estas ya operan como sistemas observadores de segundo orden. No interroga los esquemas que permiten a un observador de primer orden ver lo que ve.

En ese sentido, no observa la operación sino la observación que observa la operación. Si bien este tercer nivel comparte la restricción de toda observación de segundo orden —esto es, puede distinguir los esquemas de distinción del observador observado pero no los que utiliza para hacerlo—, encuentra legitimidad por la situación que guarda frente a las ciencias sociales. Aun así, como tercer nivel de observación sigue necesitando el factor autológico que toda operación de este tipo pone en juego. Así, el hecho de que las comunicaciones historiográficas se dirijan a observaciones de observaciones de observaciones, podría interpretarse como la capacidad de introducir reflexividad en la reflexividad adquirida como investigación social. Siendo posiblemente esta situación el correlato de una sociedad que sigue encontrando en una lógica de la diferenciación incrementada sus posibilidad de reproducción autopoiética.

⁸⁶ Alfonso Mendiola, "La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentativa y/o narrativa?", p. 118.

